

LA CASA MURADA

(2)

R. 421.083

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE ENRIQUE IV)

Traducción del francés

POR

D. J. E. R.

~~~~~

MURCIA — 1895

Tip. de LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

LA CASA MURADA

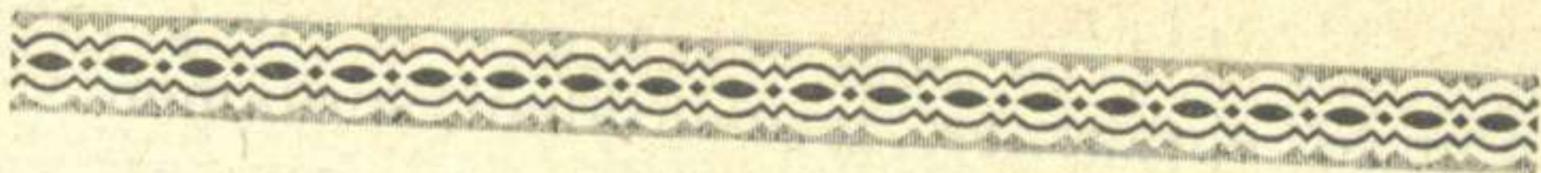
TRADUCCION DEL TERCIO DE ENRIQUE (V)

Traducción del francés

D. J. E. R.

MURADA - 1833

Imp. de las Revistas de la Real Academia



## LA CASA MURADA

*(Memorias del tiempo de Enrique IV.)*

---

### CAPÍTULO I.

#### Un encuentro inesperado.

En 1606, y durante el reinado de Enrique IV, Paris estaba muy lejos de presentar ese cuadro de paz y prosperidad pública que algunos historiadores han descrito con tanta complacencia. Si los males que durante tantos años afligieron á la pobre Francia, desaparecieron de las provincias, no sucedió lo mismo con los que sentaron sus reales en la capital, que jamás habia sido teatro de tantos robos, de tantos incendios, de tantos asesinatos.

Mientras que los nobles ostentaban por todas partes su insolente lujo, un populacho macilento, enfermizo, impaciente, rodaba como una manada de lobos hambrientos alrededor de sus suntuosos palacios, esperando los restos de sus abundantes mesas.

Los ódios de religion, ahogados al parecer en los corazones, fermentaban sordamente y estallaban de vez en cuando con espantosa violencia, al mismo tiempo que la peste estendia sus negras alas sobre la capital de Francia, como si no hubiera sido bastante el hambre para sembrar sus calles de cadáveres y llenar los osarios que se abrian como otras tantas cavernas alrededor de sus muros.

En una calurosa tarde de verano del año 1606, y cuando el contagio estaba en toda su fuerza, un hombre, jóven todavía, subia el arrabal de San Antonio, examinando cada casa con un interés enteramente particular. Este hombre vestia un sencillo jubon gris, muy usado por el roce de su armadura, y unas calzas de color de grana que no tenian esa ridícula anchura, propia solamente de las que entonces usaban los cortesanos. Su valona, rebajada á la italiana, dejaba ver un cuello moreno y vigoroso, sobre el cual descansaba una cabeza de expresion noble y distinguida. Sus excelentes botas armadas de espuelas doradas y su gorra de terciopelo con pluma blanca, que se balanceaba sobre su atezada frente, daban á todo su exterior un aspecto guerrero, no desmentido por la pesada y brillante espada que pendiente llevaba de su precioso cinto.

Aun era muy temprano, y sin embargo, la calle que seguia el desconocido estaba completamente desierta y silenciosa; únicamente se veian en las ventanas de las miserables casu-

chas que bordaban el arrabal algunos rostros tímidos de mujeres y de niños, y por las calles algunos hombres de mala catadura que corrían aceleradamente hácia la puerta de San Antonio, como si en aquel sitio se preparase algun suceso importante.

Sea que le pareciese inútil al desconocido el dirigir preguntas á aquellos hombres, sin duda poco dispuestos á contestar á ninguna de ellas; sea que la investigacion que le ocupaba en aquel momento absorbiese demasiado su atencion para que pudiera fijarla en dos cosas á la vez; sea, en fin, que esperase ver por sí mismo la causa de aquella prisa, puesto que se dirigia al punto de la cita comun, continuó su paseo y su exámen sin pensar mas en aquellos hombres que seguian el mismo camino que él. De vez en cuando se detenia delante de alguna casa de mejor apariencia que las otras, parecia consultar en su memoria recuerdos confusos, y despues continuaba su marcha con la rapidez de un hombre que acaba de reconocer un error y quiere recobrar el tiempo perdido.

Algunas veces fijaba su mirada de piedad en aquellos tristes lugares que recorria, en aquellas casas destrozadas y abandonadas, á cuyas puertas habia llamado la descarnada mano de la peste, en aquella yerba que crecia á cada lado de aquellas cenagosas calles, en aquellos rostros lívidos, enfermizos y hambrientos que se veian en las ventanas, y el movimiento que hacia con la cabeza á cada

nuevo episodio de aquel terrible cuadro, parecía decir: "Esto es horrible, y sin embargo, ha habido un tiempo en que se veían en este sitio cosas mas horribles todavía." A pesar de que era tan jóven, aquel desconocido habia estado en el sitio de Paris.

Bien pronto le fué posible descubrir donde iban todos aquellos hombres que habian ya excitado su curiosidad.

A ambos lados de la puerta de San Antonio, cuyo puente levadizo estaba echado, y en toda la longitud de la calle de Charenton habia una multitud inmensa de hombres de todas edades y condiciones, armados los unos con palos, los otros con arcabuces, algunos con alabardas, y otros muchos, en fin, con los útiles de su profesion. Algunos grupos dirigian sus miradas hácia el camino, como si esperasen ver aparecer por aquella parte algun ejército enemigo. La guardia ordinaria del puente, que habia sido reforzada con varias compañías de arqueeros del prebostazgo, se mantenía sobre las armas fuera del cuerpo de guardia, vigilando al populacho que daba vueltas á su alrededor como las ondas del embravecido mar. Sin embargo, ningun grito sedicioso salía de todos aquellos pechos, sublevados sin duda por emociones diversas, y la explicacion de este silencio se hallaba en una horca levantada á algunos pasos de la puerta, en la cual habia un gran cartelon con una Real órden, que decia así: "Todo el que altere el órden público será

ahorcado inmediatamente., Los que sabian leer, explicaban á la muchedumbre el significado del escrito en cuestion, y todos permanecian mudos y silenciosos, aunque muchos tenian deseos de gritar algo. Pero la empresa era tanto mas peligrosa, cuanto que al pié del patíbulo habia tranquilamente sentado un hombre vestido de encarnado con una cuerda nueva en la mano, y que parecia dispuesto á sancionar inmediatamente el edicto real que brillaba en letras gigantescas sobre su cabeza.

Sin embargo, por raro é imponente que fuese este espectáculo, no pudo llamar mas que un momento la atencion del desconocido personaje; su mirada se apartó bien pronto de aquella multitud tumultuosa, de aquellos soldados dispuestos para el combate, de aquel verdugo dispuesto para el suplicio, y sin detenerse á preguntar á ninguno de los numerosos asistentes la explicacion que parecia desear un momento antes, se dirigió rápidamente hácia una casa de construccion singular que se elevaba aisladamente á alguna distancia del puente levadizo, y arrojó una exclamacion de alegría, como si acabara de descubrir al fin lo que buscaba con tanto afan.

Esta casa parecia una pequeña fortaleza, que en caso necesario hubiera podido resistir durante algunas horas á numerosos acometedores. Estaba sólidamente construida y separada de todas las otras casas del arrabal. En sus cuatro ángulos se elevaban otras tantas

torrecillas con pequeñas ventanas ó saeteras, por las cuales se podia ver desde el interior todo lo que pasaba en la plaza; pero lo particular de este edificio, que se asemejaba por lo demás á la mayor parte de las construcciones de aquella época, era que escepto estas saeteras, ninguna otra puerta ni ventana se veia desde el arrabal, y hubiera sido imposible adivinar por donde se penetraba en aquella misteriosa casa. En algunas copas de amarillentos árboles que se elevaban sobre los muros de las torrecillas, se comprendia que un jardin de bastante estension servia de dependencia á aquella fortaleza en miniatura; pero este jardin estaba rodeado de altas paredes que desafiaban las indiscretas miradas de los transeuntes y de los vecinos, y como estas paredes no ofrecian mas señales de puerta que la misma casa, se hubiera podido creer que aquellos lugares estaban completamente inhabitados, si un ligero humo azul que se escapaba del techo no hubiera anunciado de un modo irrefragable la existencia de criaturas humanas en aquel recinto inhospitalario.

El desconocido personaje de que venimos hablando á nuestros lectores, habia hecho estas observaciones sin ocuparse ya de la tumultuosa reunion que crecia considerablemente á un tiro de arcabuz de la misteriosa casa. Gran rato hacia que estaba mirando sus muros con la indiferencia propia de un hombre acostumbrado á escalarlos mas altos que aquellos todavía,

y sin embargo meneó tristemente la cabeza á la vista de ciertas precauciones tomadas por sus habitantes para evitar cualquier sorpresa á mano armada. Despues de un exàmen bastante largo, se dirigió hácia las puertas de la ciudad, silbando entre sus dientes una marcha guerrera, con la impaciencia propia de un hombre que encuentra mas dificultades de las que esperaba en una empresa concertada de antemano, y que descubre el medio de vencerlas.

Así llegó sin apercibirse de ello al centro de los apasionados grupos que invadian el arrabal, sin observar las miradas sospechosas y desconfiadas que todos fijaban en él, cuando le tocaron dulcemente en el hombro, y una voz tímida murmuró á sus oídos:

“Si perteneceis todavia á la religion, id con cuidado, caballero, porque creo que sospechan de vos todos estos buenos católicos.”

El extranjero se volvió vivamente para ver quien le habia dado semejante aviso. Era un hombrecillo de rostro apacible y temeroso, cuyo traje anunciaba cierto bienestar, y cuyas facciones espresaban un verdadero terror por el peligro que anunciaban. El desconocido iba á pedirle la explicacion de sus officiosas palabras, cuando el hombrecillo, poniéndose un dedo sobre la boca como para recomendarle la prudencia, le dijo en voz alta y con un acento lleno de cordialidad:

—Como! El capitan Loudonois no reconoce

á su antiguo furriel Didier, apellidado el Pacífico, un honrado muchacho que sirvió en su mismo regimiento en el sitio de Etampes?

—Pardiez! es verdad! exclamó el llamado capitán, examinando con atención á su interlocutor, y como encantado por encontrar á un antiguo conocido. Y qué diablos haces tú aquí, Pacífico? continuó con el mismo tono de benevolencia.

—Yo no he nacido para la guerra, dijo su tímido interlocutor, que demostraba merecer perfectamente el sobrenombre que le habían dado: de modo que he dejado el servicio lo mas pronto que he podido. Pero si quereis hacerme el honor de venir hácir mi casa, que es aquella taberna que veis allá bajo (y Didier señalaba una miserable casucha situada casi enfrente de la misteriosa casa de que hemos hablado), vuestro antiguo furriel os hará probar un vino, que seguramente no le habreis bebido nunca como él. Todos los buenos católicos, añadió levantando la voz para que le oyeran los que le rodeaban, podrán afirmároslo.

—Sí, sí! dijo uno de los asistentes con voz sombría: el vino es bueno en la taberna de *la mejor de las religiones*, pero seria de desear que la fé del tabernero fuese tan pura como su vino.

El pobre Didier se estremeció al oír estas siniestras palabras.

—Os chanceais, Juan Guillermo, dijo con terror; bien sabeis que soy tan buen católico co-

mo vos, y no hablaríais así si ayer no hubiera rehusado fiaros. En fin, el capitán juzgará, añadió, cogiéndose con miedo al brazo de Loudonnois para que no se le perdiera en la muche-

En seguida arrastró consigo al capitán, que se dejó conducir, impaciente como estaba por saber la causa de todo lo que veía. dumbre.

---

## CAPITULO II.

### Revelaciones.

El tabernero no pronunció una sílaba durante el trayecto; pero así que entró en su casa y cerró la puerta, se dejó caer sobre un taburete en la sala baja de la taberna, y exhaló un profundo y doloroso suspiro.

—Capitan, yo no he nacido para la guerra, dijo con amargura; hoy ya no hay reposo posible para las personas pacíficas.

El capitan, que no comprendia el miedo de su antiguo furriel, se desciñó la espada, que dejó sobre la mesa para estar con mas comodidad, y,

—Como, querido Pacífico, le dijo. Qué diablo significa todo esto? Hace dos horas que me devano los sesos para adivinar lo que hacen todos esos papanatas alrededor de aquella horca, y...

—Hablad mas bajo, por Dios! murmuró el pobre tabernero aproximandose hácia él; si os oyeran, arrasarian mi casa hasta los cimien-

tos. Pero tan poco tiempo estais en Paris para que ignoreis la causa de esa reunion?

—He llegado hace dos horas, y vengo de Sedan, adonde habia seguido al rey; pero viendo que el duque de Bouillon se habia sometido y que Sedan habia sido conquistado, he aprovechado un momento de tregua para venir aquí, adonde me llama un asunto de la mas alta importancia para mí, y en el que creo podrás ayudarme.

—Estoy á vuestras órdenes, respondió tímidamente el tabernero, aunque habeis llegado en un momento bien funesto á la buena ciudad de Paris. Debeis tener poderosísimos motivos para afrontar con tanta temeridad los terribles azotes que nos aniquilan.

—Sí; sé, replicó Loudounois con precaucion, que el hambre y la peste hacen estragos en el populacho; pero...

—Capitan, los hombres son todavía mas peligrosos qu el hambre y la peste, dijo Pacífico à su antiguo jefe; acaso no sabeis que todos esos hombres, en medio de los cuales os he encontrado cerca de la puerta de San Antonio, son ardientes católicos que han ido allí para asesinar á los inofensivos protestantes?

—Pero, segun he visto, se han tomado precauciones para mantener el órden; esos arqueros, dispuestos todos á cumplir con su deber, y esa elevada horca, anuncian que el rey no quiere que asesinen impunemente á nuestros correligionarios; porque si no me engaño, Pa-

cífico, tambien tú eres un reformado, un hugonote, como se nos llama en el ejército del Bearnés...

—No hablemos de esto, capitán, no hablemos de esto, os lo ruego; he abjurado, como vos sin duda, como el rey, como otros tantos, y es inútil que sepan esos desesperados que nuestra madre no nos bautizó el día de nuestro nacimiento en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; no sería prudente hacerles semejante confianza en este momento, porque, os lo juro, ni los arqueros, ni la horca, podrán salvar esta noche á los infelices hugonotes. Los católicos, como habeis visto, están armados; los reformados no lo están, y antes de poco su sangre correrá con abundancia por las calles de Paris.

El capitán cogió su espada, que habia quedado sobre la mesa, y,

—Exageras el mal, Pacífico, dijo al tabernero, y tienes razon al repetir hoy, como siempre que no has nacido para la guerra; sin embargo, puesto que crees el peligro tan próximo, tendrías valor para ayudarme á prevenirlo tanto mas cuanto que pueden hacerlo dos personas que saben lo que hay de bueno y de malo en los dos partidos?

Pacífico no parecia muy dispuesto á desmentir su sobrenombre, y una turbacion muy visible se manifestaba en su dulce y flemática fisonomía. El capitán sonrió.

—Comprendo, dijo: tú eres del partido de

los *políticos*, das de beber á las dos religiones, y no te cuidas de pronunciarte en favor de la una mas bien que de la otra. Pues bien, Didier, añadió cambiando de tono, por esta vez imitaré tu prudencia. De todos modos, bastante he manejado ya la espada y el arcabuz para asegurar á todos la libertad del culto; no quiero mezclarme ahora en las querellas de esas gentes, si saber al menos á qué debo atenerme. Si es cierto que hay batalla, ya veremos en favor de quién debemos pronunciarnos. Entre tanto, Pacífico, es preciso que te dirija algunas preguntas que son para mí del mayor interés. Se trata de esa casa que se vé desde aquí, y que, segun creo, pertenece á una noble familia, á quien yo he conocido mucho en otro tiempo.

—Ah! la casa murada, como nosotros la llamamos! dijo el tabernero encantado al ver que el capitán renunciaba tan pronto á sus belicosos proyectos.

Y desapareció un momento para volver bien pronto con un jarro de vino y dos cubiletes de estaño que puso ruidosamente sobre la mesa.

—Sí, replicó el capitán muy pensativo y sin beberse el vino que acababa de echarle Pacífico; es la familia de Champgaillard la que se ha encerrado en esa especie de fortaleza para evitar el contagio?

—Para qué, pues, quereis interrogarme, dijo Didier con asomnro, si sabeis de antemano lo que voy á responderos? Sí, capitán, continuó; es cierto, como decís, que el baron de

Champgaillard se ha encerrado allí con sus dos hijos y su hija desde el principio de esta horrorosa epidemia. Pero para que conozcais á esa familia, debeis saber que el baron solo desea que su glorioso nombre no muera con él. Además, desde que el contagio principió á declararse en Paris, dicen que se encontró en una estraña perplegidad. Temia que permaneciendo aquí fuesen víctimas sus hijos de la enfermedad que reinaba en la ciudad; pero, por otra parte, las provincias ofrecen todavía tan poca seguridad á los nobles, que no pueden mantener una respetable tropa para su defensa, que...

—Sí, sí, interrumpió tristemente el capitán; el baron conoce por esperiencia los peligros de las guerras civiles; varios de sus parientes han sido asesinados en las guerras civiles; varios de sus parientes han sido asesinados en las guerras de Poitou; su castillo incendiado dos veces; traidores!... Continua, añadió, pasándose la mano por la frente, como para olvidar los tristes recuerdos que asaltaban su acalorada mente.

—Os decia, pues, prosiguió Pacífico, que el baron se halló muy perplejo para preservar á su familia de esta peste brutal que tanto hiere al rico como al pobre. No pudiendo dejar á Paris, tomó un estraño partido, que muchas gentes le han censurado, porque son demasiado pobres para imitarle. Reunió en la casa que veis víveres para varios años; llamó á su hija,

la señorita Juana, y á sus dos hijos, que son dos valientes jóvenes que preferirían morir en una batalla á consumirse de fastidio en esa prision; y despues de haber despedido á los criados inútiles, hizo tapiar sin piedad las puertas y las ventanas que daban al arrabal, á fin de interceptar toda comunicacion con los que pudieran ser atacados fuera y los preciosos vástagos de su familia. Desde aquel tiempo, la casa ha estado tan tranquila, tan silenciosa como la veis hoy; nadie sale, y sobre todo, nadie entra en ella: parece el arca de Noé en medio del diluvio, como hubiera dicho en otro tiempo el sacerdote Du Menay, á quien vos y yo hemos oido predicar en el ejército del Bearnés.

—Y Juana, exclamó vivamente el capitán, la señorita de Champgaillard, quiero decir, esa joven, de que me hablabas ahora mismo, sabes como soporta esa larga cautividad? Es feliz? Habla, habla, Pacífico; tienes noticias de la señorita de Champgaillard?

—Sí, dijo el tabernero, que pareció tomar repentinamente su partido, á pesar de alguna secreta recomendacion; si deseais tan vivamente saber todo lo relativo á esa familia, os diré lo que sé, y lo que yo solo puedo deciros en este momento. Ultimamente, uno de los criados mas antiguos de dicha familia se aburrió tanto de su cautiverio, que prefirió afrontar la peste y escalar las tapias del jardín, á vivir mas tiempo en semejante aislamiento. Vino á hospedarse á mi casa, y me contó en confianza que esa

fortaleza, tan tranquila por fuera, era un infierno por dentro. El señor baron y su hijo mayor, llamado Gaston, son, como ya sabreis sin duda, excelentes católicos; pero Enrique, el menor, se ha hecho hugonote por odio á su hermano, que debe poseer todos los bienes de la familia, y cada dia hay nuevas querellas entre estos dos jóvenes, tan violentos é impetuosos los dos, obligados á vivir siempre juntos. Algunas veces acaban por tirar de la espada, á consecuencia de las disputas sobre la religion, y si su padre les perdiera de vista un solo instante, si la señorita Juana, que, segun dicen, es un angel de dulzura y de bondad, no se arrojara á sus piés para suplicarles é impedirles que continuaran sus querellas, quizá el baron de Champgaillard encontraria en el odio mútuo de sus dos hijos, un azote mas terrible todavía para su familia que la misma peste.

El capitán Loudonnois se habia levantado, y se paseaba por el aposento con la mas viva agitación.

—Sí, eso es lo que yo me figuraba, dijo como si hablara consigo mismo: pobre Juana! Tan amable! tan buena!

Y despues, deteniéndose delante de Didier, que le miraba asombrado:

—Es preciso que yo entre en esa casa, dijo con acento imperioso; puedes suministrarme los medios que necesitar pueda para llevar á cabo mi plan?

—Imposible, capitán! El baron recibirá á ti-

ros al que se atreva á escalar su morada. Dicen que teme el contagio, tanto para él como para sus hijos, y..... os mataria, capitan, os mataria!...

—La muerte no me amedrenta! exclamó Loudonois; ya he penetrado yo en fortalezas mejor guardadas que la casa de ese viejo loco.

=Pero qué interés tan poderoso!...

—Qué interés! respondió el valiente jóven con exaltacion, y paseándose la mano por sus ensortijados cabellos; mi interés es que amo á la hija del baron, y que creo ser amado por ella!

—Vos, capitan! Vos, pobre soldado, sin fortuna, sin familia, que ni siquiera teneis nombre propio, puesto que llevais el del pais en que habeis nacido; vos amais á la señorita de Champgaillard, tan rica y tan noble!

—Y eso es lo que desespera, Didier, dijo Loudonois con abatimiento; sin embargo, he vencido ya muchas de las dificultades que se oponian á nuestro enlace; escucha.

El capitan añadió:

—Tal vez te acordarás, que cuando tocaba á su fin la guerra de Poitou, hace cinco ó seis años, se me dió el encargo de examinar las posiciones y el número de nuestros enemigos, con cuyo motivo pusieron á mis órdenes una compañía de arcabuceros. Yo no era entonces mas que sargento en la misma compañía, que me tiene ahora por capitan, cuando la casualidad me condujo al castillo de Champgaillard, que

habia sido saqueado é incendiado por una partida de bandidos. El baron acababa de ser llevado prisionero con sus dos hijos; Juana se habia escondido en el parque. No sé cómo fué que mis hombres la encontraron y me la presentaron, esperando que podrian sacar por ella un buen rescate. La pobre jóven estaba sumergida en la más profunda desesperación; al enseñarme las ruinas, todavía humeantes, de su castillo, me habló de los malos tratamientos que los bandidos habian hecho sufrir á su padre y á sus hermanos, que habian sido cogidos con las armas en la mano. Las lágrimas de la desventurada Juana conmovieron hasta las últimas fibras de mi corazón. Me puse en seguimiento de los bandidos, y mitad de grado, mitad por fuerza, logré arrancarles los prisioneros. Los liberté, y los conduje con un mi escolta á un castillo cercano, donde estaban en seguridad. Ya puedes juzgar cuál seria el reconocimiento de toda esta familia; el baron me abrazaba llorando, á pesar de que yo era hugonote entonces, diciendome que al salvar á sus hijos le habia salvado más que la vida. Estos me trataban casi como á un hermano, y Juana tenia para mí miradas tan dulces, palabras tan llenas de bondad, que no pude dejar de amarla.

Yo prolongaba mi estancia en el castillo que habitaba la familia Champgaillard, bajo el pretesto de defenderla contra los bandidos que infestaban el pais. Esta detención fué la que nos perdió; Juana y yo nos veíamos á menudo

en secreto, nos amábamos, y esperábamos un momento en que el reconocimiento del baron hacía mi generosidad, pudiera llegar hasta unirnos. Un dia me atreví á pedirle la mano de Juana. El baron se encolerizó tanto, que me respondió con el mas terrible de los desprecios. Sin embargo, como él y sus hijos eran todavía mis prisioneros, y como, despues de todo, yo era el único que mandaba en el castillo, se tranquilizó un poco, y me dijo: "Si al menos fuéseis capitán de una compañía, si fuéseis noble y católico, quizá semejante proposicion pudiera ser escuchada; pero un simple sargento, hugonote por añadidura, sin nombre, sin educacion, sin fortuna, casarse con una Champgaillard!... Imposible!,"

Esto fué bastante, Pacífico; desde aquel momento solamente pensé en adquirir todas las ventajas que el baron exigia en el esposo de su hija. Abandoné el castillo con mis hombres, y por la primera vez en mi vida... tuve ambicion. Antes de mi partida ví á Juana, y nos renovamos el juramento de amarnos siempre. En medio del tumulto de las batallas, aprendí á leer para leer las cartas que ella me escribia en secreto; aprendí á escribir para contestarle. Mil y mil veces arriesgué mi vida en las mas reñidas batallas para obtener este empleo de capitán que tanto deseaba; abjuré de mi fé para ser católico como ella. En fin, mis esfuerzos acababan de ser coronados en el sitio de Sedán; el rey de Navarra, nuestro Bearnés, á quien tú

conoces tambien, Pacífico, me ha prometido ennoblecerme en recompensa de mis buenos y leales servicios; los títulos serán próximamente despachados en la cancillería. En el colmo de mi alegría, pues, he venido aquí para volver á ver a Juana, á quien amo hace tanto tiempo, y para decir á su orgulloso padre: "Soy noble, católico, capitán de una de las mas hermosas compañías del regimiento de Fervaques; me creéis digno de ser vuestro yerno?," Hace algun tiempo supe, por una carta de Juana, la cautividad que su padre iba á hacerle sufrir por temor á la peste, y sabia tambien de antemano la mayor parte de los detalles que acabas de contarme; pero ignoraba todas las penas que podia encontrar en el seno de su misma familia, entre dos hermanos enemigos, y un padre que no siente por ella el afecto que siente por sus hijos. Bien ves, Pacífico, que es preciso que yo penetre en esa casa, que hable á Juana esta noche, esta tarde misma...

—Todo lo que acabais de decirme, no me ha hecho cambiar de opinion, dijo el tabernero. Os repito, capitán, que aunque fuérais el rey Enrique en persona, no entraríais en casa el baron de Champgaillard, sin arriesgar vuestra preciosa vida. El no veria en vos que venís de fuera, mas que un hombre cuya presencia en su casa puede herir de muerte, lo mismo á él que á sus hijos, á quienes tanto quiere. Y quién sabe, capitán, si los temores del baron no serian fundados!

—Como!... crees?... preguntó Loudonois levantando vivamente la cabeza; cres posible que yo, que he llegado hace algunas horas, lleve ya en mí el gérmen de esa enfermedad?

—Quién sabe! respondió el tabernero; no habeis estado en medio de esa multitud numerosa, macilenta y enfermiza?

Loudonois reflexionó un momento.

—Es imposible! murmuró.

Didier meneó tristemente la cabeza, é iba á responder cuando un ruido terrible que procedia del arrabal, atrajo repentinamente su atencion. Se oian griros de muerte arrojados á la vez por mil bocas; galopes de caballos, ruido de armas, tiros de arcabuz. Los dos interlocutores escucharon un momento con atencion; el tabernero palideció.

—Eso es que los protestantes hacen su entrada en la ciudad, y los católicos los asesinan, dijo Pacífico con voz temblorosa.

—Pues bien; salgamos! exclamó resueltamente el capitan, cerrando la hebilla del cinturon de su espada.

—Para qué, Dios mio!

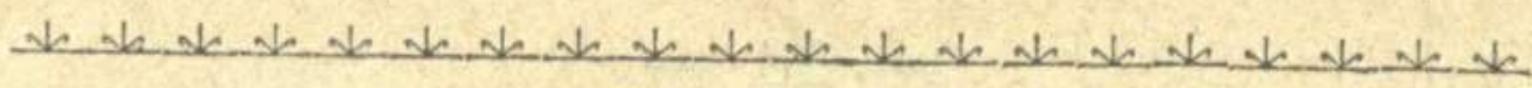
—Tienes miedo! no importa! me iré solo.

—No! no! dijo Pacífico yendo á descolgar una antigua alabarda que tenia escondida en la chimenea; no he nacido para la guerra, pero desde el momento en que vais á esponeros al peligro, quiero esponerme á él con vos, que me habeis salvado la vida en la mas sangrienta de

las batallas. Os sigo, pues, capitan, y del mismo modo os seguiria hasta el fin del mundo.

—Bien, Didie, bien, exclamó Loudonois con entusiasmo, estrechando al mismo tiempo la mano del tabernero. Despues añadió: tal vez durante el desorden tendremos ocasion de penetrar en esa inaccesible fortaleza del baron de Champgaillard.

Y salió de la mezquina taberna seguido de Didier, que se colocó la pesada alabarda sobre el hombro.



### CAPITULO III.

#### Cuchilladas.

Apenas estuvieron en la calle, cuando se encontraron en medio de una multitud compacta y tumultuosa que se agitaba incesantemente en todos sentidos, y que presentaba la imagen de un verdadero combate. Los protestantes, vestidos todos de negro, se reconocían acá y allá en el espanto que les dominaba, en la indignación que se leía en sus rostros, por semejante traición. Por otra parte, los que los perseguían, arrojando furiosas exclamaciones, habían tenido cuidado de distinguirse, poniéndose una cruz blanca en los sombreros, y como en la célebre noche de San Bartolomé, gritaban: "La misa ó la muerte!," y mataban al mismo tiempo á sus indefensos enemigos. Cerraba ya la noche, y esa multitud siempre creciente presentaba por todas partes los mas siniestros

episodios; algunos cadáveres cubrían ya el arrabal, y aquella escaramuza podía convertirse muy pronto en una batalla general.

Entre tanto, los arqueros que estaban de guardia en la puerta de San Antonio, no permanecían inmóviles en medio de este fanático populacho; mientras que una parte de ellos guardaba el puente levadizo para dejar pasar con seguridad á los protestantes que invadían la calle de Charenton, los otros cargaban valientemente á todos los que llevaban armas, fuesen católicos ó hugonotes, y procuraban hacerles huir ó desunir sus fuerzas para vencerlos con mayor facilidad. Por su parte, el verdugo, que estaba tan tranquilo un momento antes al pié de la horca, no dejaba de tener su correspondiente ocupación. Al primer grito sedicioso el capitán de los arqueros había hecho coger á uno de los revolucionarios, y en aquel momento el ejecutor, con ayuda de sus criados, acababa de ahorcar á aquel pobre diablo, que estaba muy lejos de contar con semejante suerte un cuarto de hora antes.

El capitán Loudonois examinó esta escena de desorden con la mayor indiferencia, y como un hombre acostumbrado ya á tales espectáculos. Su experiencia le hizo conocer bien pronto que tan desigual combate no podía ser de larga duración; aquella tumultuosa muchedumbre, sin jefe, y dividida en dos campos, no podía dejar de ser barrida al instante por tropas regulares y aguerridas, cuyo número aumenta-

ba de momento en momento. La campana mayor de la bastilla tocaba ya á rebato, y el gobernador de esta fortaleza iba sin duda á enviar numerosos refuerzos. El capitán se volvió hácia Didier, que estaba inmóvil como él, y que esperaba pasivamente una indicación de su antiguo jefe, para saber en favor de quién debía pronunciarse, y,

—No tenemos que mezclarnos en todo esto, Pacífico, le dijo; dejemos luchar á los arqueros, y la batida no será larga. Algunos brazos y algunas cabezas rotas hoy, mañana algunos hombres ahorcados, y hé aquí todo lo que habrá producido esta nueva contienda de los buenos habitantes de Paris.

—Como si no tuvieran bastante con la peste, que aun se matan unos á otros! murmuró el tabernero.

Así, pues, decididos á no ser mas que simples espectadores de esta sangrienta colision, los dos interlocutores se retiraron del campo de batalla para poder ver cuál seria su resultado. Loudonois no apartaba la vista de la misteriosa casa del baron de Champgaillard, esperando sin duda ver tomar á sus habitantes una parte cualquiera en los acontecimientos que pasaban tan cerca de ellos. Sin embargo, nada habia indicado todavía que se hubiesen apercebido en el interior de lo que pasaba en la calle, cuando el capitán observó á los últimos resplandores del crepúsculo, sobre una especie de plataforma que formaba el tejado de la casa,

como una forma humana que se dibujaba en negro, sobre el cielo cargado de vapores rojizos. Esta forma era tan vaga, que el capitán dudaba todavía de su existencia real, cuando al grito de algunos fanáticos del arrabal una voz fuerte y sonora partió de aquella plataforma, dejando oír este furibundo grito de los católicos:

— Viva la religion y mueran los hugonotes!

Este grito aislado no fué oído por ninguno de los combatientes, en medio del ardor de la batalla; pero lo fué por Loudonois, que halló en él la recompensa de la exactitud de sus previsiones. El capitán continuaba observando con viva atención lo que pasaba en aquella dirección, cuando otro grito, arrojado por una persona diferente, salió del ángulo opuesto de la morada de Champgaillard, y esta vez oyó Loudonois el grito de los reformados:

— Libertad para la religion y para todos!

Al mismo tiempo el personaje de la plataforma desapareció, y todo volvió á quedar triste y silencioso en la misteriosa casa.

Loudonois esperó todavía algunos instantes; pero no viendo ni oyendo nada más por aquella parte, bajó la cabeza y murmuró con voz conmovida:

— La escena más terrible de hoy, no es quizá la de la calle. Quién sabe si estos gritos han sido arrojados por dos hermanos enemigos!...

— Pero de pronto se detuvo sin acabar su pensamiento. Esta observación, hecha á media voz,

se dirigió á Didier, y el capitán acababa de observar repentinamente que Didier no estaba ya á su lado; lo buscó un momento en medio de los animados grupos que le rodeaban, y apercibió al fin al desgraciado tabernero, forcejeando entre dos arqueros que le arrastraban hácia el cuerpo de guardia, Mientras que Loudonnois estaba atento á lo que pasaba en la casa de Champgaillard, Didier, desmintiendo una vez el sobrenombre de Pacífico, que tan bien merecía, se había arrojado entre los arqueros para salvar á uno de sus amigos que se llevaban preso; pero sus esfuerzos habían sido imponentes, y, víctima de su generosidad, iba quizá á espiar su rebelión con el último suplicio. Ya se sabe cuán espedita era la justicia de los arqueros.

A la vista del peligro que corría su antiguo compañero de armas, Loudonnois, que, como ya habrán podido adivinar nuestros lectores, era valiente hasta la temeridad, se abalanzó á socorrerle.

—Soldados, dijo á los arqueros con autoridad, dejad ir á ese pobre diablo; es enteramente inofensivo; yo respondo de él. Soy capitán de arcabuceros, dejadle ir; yo daré cuenta de él á vuestro capitán.

—Qué quiere ese pisaverde? dijo uno de los arqueros con voz gruñona; sin duda será algún mal parroquiano de este perro tabernero, que esperaría hacerse pagar despues en jarros de vino el servicio que tenía intención de prestar

á este viejo camorrista. A otro perro con ese hueso, señor capitán de contrabando, y dejadnos pasar.

—Pues yo os digo...

—Idos al diablo, villano! replicó el arcabucero rechazándole con dureza.

Al oír esta injuria, el capitán palideció de cólera y con un movimiento tan rápido como el pensamiento, tendió á sus piés al arquero, gravemente herido de una estocada. El otro soldado, al ver á su camarada por tierra, soltó al prisionero, y quiso lanzarse sobre Loudonnois, pidiendo socorro á sus demás compañeros; pero algunos de los sublevados se interpusieron entre los dos, mientras que el pobre Pacífico exclamaba con terror al oído del capitán:

—Huid! huid!... van á perseguiros por todas partes, y por mucho que sea vuestro crédito, estais perdido si os cogen en este momento.

—Huye tú también, y hasta la vista, respondió este, que comprendía la inminencia del peligro.

Y los dos desaparecieron entre la multitud que invadía el arrabal.

Ya era tiempo; el oficial de los arqueros, que habia conseguido librarse de los que le interceptaban el paso, volvía con una buena parte de sus camaradas, exasperados por la muerte de uno de los suyos.

—Venguémosle! venguémosle! exclamaron todos con rabia: donde está, donde está el asesino?

El miedo hace algunas veces espías, y no faltó quien designó á los soldados una callejuela que costeaba las tapias del jardin del baron de Champgaillard. Era el camino que habia tomado Loudonois en su forzada precipitacion.

—Entonces es nuestro, dijo el oficial; esa calle dá la vuelta á aquella casa, y no tiene otra salida. Cuatro hombres á cada extremo, y dentro de un instante tendremos á ese miserable que ha osado herir á un soldado del prebostazgo.

Estas órdenes fueron ejecutadas, y si, como era cierto, el capitan se habia aventurado en aquella especie de callejon designado á los soldados, parecia imposible que pudiera escapar á la persecucion de que era objeto. Las dos estremidades de aquel semicírculo de piedra estaban guardadas. Entre tanto, el oficial de los arqueros siguió con una parte de su tropa la callejuela que rodeaba la casa y el jardin de Champgaillard, y llegó á la segunda salida sin haber encontrado al que buscaba. Esta instantánea desaparicion era prodigiosa.

—Evidentemente ese hombre está oculto en esta calle, dijo el testarudo sargento; y por vida de mi abuela! que, si no tiene alas, ha de pagar caro su atrevimiento. Busquémosle otra vez.

Esta nueva pesquisa no tuvo mejor éxito que la primera; los arqueros comenzaron á experimentar terrores supersticiosos. El oficial

estaba sumergido en una profunda meditacion.

—Pues bien! dijo al fin; no quiero que se nos escape el asesino de nuestro camarada; cuatro hombres velarán toda la noche á cada esquina de esta calle, y si no parece, es que se ha desvanecido como el humo, y entences, que Dios tenga piedad de nosotros.

Ocho centinelas guardaron el paso toda la noche, de modo que parecia imposible que el culpable se escapára.

Veamos ahora lo que habia sucedido.

Comprendiendo el capitán toda la gravedad del peligro que corria si permanecia en el arrabal despues de la muerte del arquero, y mas aun, en el momento en que tanta necesidad tenia de estar libre para ejecutar sus aventurados proyectos, se habia metido, como hemos dicho, en el dédalo pérfido que rodeaba la misteriosa casa del baron. Al obrar así, habia seguido una especie de instinto maquinal que le arrastraba irremisiblemente hácia aquella impenetrable calle que contenia todas sus esperanzas; pero apenas hubo dado algunos pasos, cuando comprendió que estaba perdido si no lograba salir de aquel peligroso desfiladero. Por otra parte, los arqueros habian puesto la mayor diligencia en sus precipitadas maniobras, de modo que cuando el capitán llegó al extremo de aquella angostura, la encontró ya guardada por los soldados. Qué hacer! Tal vez hubiera podido abrirse paso á estocadas; pero

esto le repugnaba sobre manera, y mucho mas cuando hubiera sido agravar las injusticias que su conciencia le reprochaba ya. Volvió pues atrás, esperando poder escapar aun por la primera salida. Allí nuevo peligro; el oficial de los arqueros adelantaba con su gente.

Desesperado y reducido á defenderse á pesar suyo, contra una multitud de soldados que le hubieran hecho pagar muy cara la muerte de su camarada, paseó por su alrededor una mirada llena de angustia. Por todas partes muros elevados, sin una aspereza, sin una grieta, á favor de las cuales, así como de la oscuridad, hubiera podido escapar á los que le perseguian, Tomando bruscamente su partido iba á emprenderla á cuchilladas con todos los arqueros, á pesar de que no queria verter sangre inútil, cuando repentinamente sintió bajo su mano un objeto flotante, y movable contra una de las tapias mas altas del jardin de Champgaillard. Un rápido exámen hizo reconocer al aventurero que aquel objeto era una escala de cuerda sólidamente atada á una especie de almena que dominaba la muralla. Sin detenerse á buscar de donde le venia este inesperado socorro, sin calcular las consecuencias de su accion, subió con agilidad sus escalones de madera, llegó á una especie de terraplen que á su fin habia, y retirando con rapidez la provechosa escala, se agazapó en silencio detrás de la almena, desde donde oyó pasar y repasar á los soldados furiosos por la inutilidad de su persecucion.

En el primer momento, Loudonois experimentó una alegría inesplicable al verse á la vez libre del peligro que le amenazaba, y dentro de aquella inespugnable fortaleza, cuya entrada hubiera comprado con la mitad de su sangre. Sin embargo, bien pronto la alegría dió lugar á la reflexion, y principió á considerar con mas calma la posicion en que se encontraba. Evidentemente, la escala que tan gran servicio le habia prestado, no habia sido colocada allí para él. El que la habia atado á la muralla, iba sin duda á volver, y el capitán no queria ser descubierto por él, antes de saber cuáles podian ser sus intenciones acerca de un extraño. Loudonois no habia olvidado las narraciones de Didier, sobre el rigor con que el baron estaba decidido á tratar á los violadores de su retiro; y por otra parte, lo que sabia ya de la familia Champgaillard, lo que habia visto por sus propios ojos algunos momentos antes en la plataforma de la casa, el hecho mismo de aquella escala, atada furtivamente á la muralla como para una evasion, daban á comprender al aventurero, que iba á encontrarse en medio de algun sombrío y terrible drama de familia, en el que un nuevo comparsa, cualquiera que fuese, no podia ser bien recibido.

Despues de estas rápidas reflexiones, el capitán examinó el sitio en que se encontraba, tanto como se lo permitia la oscuridad de la noche, que á cada momento era mas profunda. Desde su elevado escondite, se descubria un

inmenso jardín, que parecia abundantemente provisto de todas las frutas y legumbres necesarias para la alimentacion de una numerosa familia. A derecha é izquierda se veian algunos pabellones que serbian de albergue á los criados, y que contenian además las provisiones de aquella retirada colonia. Y en el fondo, la casa, con esbeltas torrecillas, dejaban ver acá y allá algunas luces, que probaban que, al menos por aquella parte, el baron no habia juzgado necesario tapiar las puertas y ventanas como lo habia hecho por la parte del arrabal.

Apenas habia acabado este exámen, cuando un rumor de voces y de pasos que se dejó oir en el jardín, obligó á Loudonois á buscar un retiro mas seguro. El ruido parecia acercarse hácia el terraplen; el capitán bajó rápidamente de él, se deslizó bajo un árbol, cuyo espeso ramaje llegaba hasta el suelo, y desde allí se dispuso á escuchar la conversacion de los que se acercaban.

Los paseantes nocturnos eran dos ancianos, en uno de los cuales no tardó Loudonois en reconocer al mismo baron de Champgaillard. El baron era un hombre vigoroso todavía, á pesar de sus sesenta años de edad, de rostro orgulloso y altanero, sobre el cual se pintaba en aquel momento una espresion de cólera y de inquietud. Llevaba en la mano un arcabuz, cuya encendida mecha indicaba que estaba dispuesto á hacer de él un uso inmediato. Arrojava á su alrededor miradas sospechosas, y al mismo

tiempo que caminaba precipitadamente, comunicaba en voz baja sus observaciones á su compañero, que le escuchaba con el mayor respeto. Este parecia ser algun viejo servidor de confianza de los muchos que tenian entonces los nobles, en sus castillos feudales. En una mano llevaba un hacha para alumbrar su difícil marcha sobre aquel terreno accidentado, y en la otra una pesada y mohosa alabarda.

Bien pronto estuvieron bastante cerca los dos ancianos, para que Loudonois pudiera oír desde su escondite su animada conversacion. El baron decia con tristeza:

—Hijo cruel!... querer abandonarnos en semejante momento, para ir á socorrer á sus amigos los hugonotes!... Ir á afrontar á la vez la peste y la guerra civil! Mi familia es la más desgraciada de las familias, Guillermo, y yo soy el más desgraciado de los padres. No tengo más que dos hijos, que son la esperanza de mi raza, y la religion ha hecho de ellos dos enemigos mortales. A no ser por tí, Guillermo, hace un momento que hubiera perdido para siempre al mas jóven y más razonable, porque, según dices, te has costado mucho trabajo impedir que ejecutara su fatal proyecto de evasion.

—Mucho, señor baron, dijo el otro anciano; y á pesar del respeto que debo á la noble familia de Champgaillard, me he visto en la precision de emplear toda la fuerza que me queda para obligar al señorito Enrique á permanecer

aquí. Tenia ya un pié sobre la escala, y algunos instantes mas tarde...

—Te has portado bien, Guillermo, y te agradezco el celo que te has tomado por el bien de mi familia, pero has hecho mal en no arrancar en seguida esa escala, esa escala fatal que pudiera ser la causa de nuestra muerte, si alguno de los desgraciados que persiguen en el arrabal se hubiera aprovechado de ella para penetrar hasta aquí.

—No he podido hacer otra cosa, señor baron, dijo Guillermo con timidez.

—Dios quiera que no resulte una desgracia de todo esto, dijo el baron exhalando un suspiro.

Despues subió al terraplen, desató la escala, que se llevó consigo, y arrojando á su alrededor una mirada de desconfianza.

--No hay nadie, dijo, y por esta vez creo que no tenemos nada que temer. Vamos, Guillermo, entremos pronto; quién sabe si durante esta corta ausencia, habrán emprendido otra nueva contienda mis dos desdichados hijos! Dios mio!... mi nombre está condenado á perecer.

Un sordo gemido se escapó de su pecho al pensar en las desgracias que podian caer sobre su familia; despues repitió, dirigiéndose á su compañero:

—Toma mi arcabuz, Guillermo, y recorre todo el jardin, para ver si alguien se ha ocultado aquí. No estoy tranquilo, no vengas á ver.

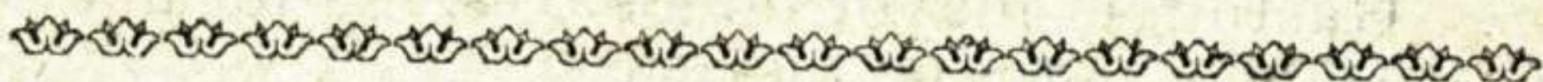
me hasta que puedas jurarme por todos los santos del cielo que no hay en mi casa otras criaturas humanas mas que las que yo he hecho entrar en ella. Y si vieras á alguien, continuó estremeciéndose á esta sola idea, ya sabes mis órdenes: fuego!... aun cuando fuera tu padre, aun cuando fuera el mio... Se trata de conservar el nombre de Champgaillard.

Guillermo se inclinó en señal de obediencia, y el baron se dirigió hácia la casa.

—Orgullosos viejos! Murmuró Loudonois en su retiro; no habla mas que de sus turbulentos hijos que deben perpetuar su nombre, y ni siquiera tiene un pensamiento para su pobre Juana, que consume tristemente su juventud en esa miserable prision!

Pero estas reflexiones fueron interrumpidas por la necesidad en que se encontró el aventurero de ocultarse con mayor cuidado que el que habia tenido hasta entonces. El vigilante Guillermo cumplia su mision con todo el celo y con toda la puntualidad de un viejo servidor, y la mecha de su arcabuz, que brillaba en la oscuridad, advertia al capitan que la menor imprudencia podia costarle la vida.

---



## CAPITULO IV.

### Un ángel y dos demonios.

Vamos ahora á trasladar al lector á la sala en que estaba reunida la familia del baron de Champgaillard, la misma noche en que sucedian los acontecimientos que acabamos de contar.

Esta sala, toda artesonada de madera de encina, ennegrecida por el tiempo, ofrecia un aspecto lúgubre; los muebles, de la misma madera y del mismo color, estaban en armonía con la existencia de los que frecuentaban este triste aposento. Una lámpara de cobre que colgaba del techo, esparcía su siniestra luz sobre los tres hijos del baron, cuya respectiva actitud podia hacer adivinar las diferentes costumbres y caractéres de aquellas tres personas, obligadas por la afeccion paternal á vivir en una misma prision.

Gaston, el mayor de los tres, era un hermoso jóven de elevada estatura, de mirada viva y zumbona, y de modales desdeñosos; un verdadero hidalgo de aquella época licenciosa, orgulloso, impetuoso y quimerista. Vestía á la última moda; su jubon de tafetan, estaba guarnecido de ballena, como el corsé de una mujer, y sus mangas eran de una anchura maravillosa. Su gorguera embreada, y sus magníficos zapatos, que hacia resonar con complacencia á cada paso, parecían preocuparle mas particularmente que los terribles acontecimientos de aquella noche. Como si otro cuidado que el de sus armas hubiera sido indigno de él, trabajaba en aquel momento en hacer desaparecer una ligera mancha de robin que empañaba el brillo de su puñal, y al mismo tiempo que cantaba un villancico, en el que los hugonotes llevaban la peor parte, fijaba por intervalos una mirada de irónico desafío en su hermano, como para dirigirle las ruines alusiones que contenia su cancion.

Enrique era todo el contraste de Gaston. Era de pequeña estatura, flaco, nervioso; su traje negro tenia ese corte grave y severo que afectaban los calvinistas. Ni una rosa, ni una cinta en su jubon gris, ni siquiera una pluma en su sombrero. Sentado cerca de una mesa, leia atentamente una Biblia, sin que pareciera fijar su atencion en las provocaciones de su hermano, y sin embargo, sus manos estrujaban por intervalos las hojas del libro, como si los

dedos del lector se crisparan por un furor secreto que de un momento á otro podia estallar.

Entre estos dos hermanos tan profundamente enemigos, que se amenazaban con sus gestos, hasta con su actitud, habia una jóven con todo el brillo de su belleza, como un ángel celeste entre dos demonios. Juana tenia en sus negros ojos, en su noble apostura, tal majestad, unida á tanta gracia y dulzura, que únicamente así puede comprenderse el poder que sabia tomarse algunas veces sobre los indomables caractéres de sus hermanos. En aquel instante habia abierto una puerta que daba á una de las torrecillas, y por las saeteras procuraba ver y oír lo que sucedia en el arrabal, en donde rugian tantos fanáticos pocos momentos antes.

—Al fin, todo ha concluido, hermanos míos, dijo con la mayor satisfaccion; ya no se oye nada. Los soldados han conseguido hacer cesar esta horrible batalla; Dios y la Vírgen quieran que sea la última!

—Dios y la Vírgen no tienen nada que ver en estos asuntos, querida hermana, dijo Gaston con tono desdeñoso. Pero qué loco he sido yo en ir á la plataforma á mezclar mis gritos con los de los villanos del arrabal! Es cierto que esta noche se han visto aquí actos de la mayor locura.

—Y cuales son? preguntó Enrique interrumpiendo su lectura para clavar en su hermano una mirada de fuego.

—Friolera! respondió Gaston con su irónica

sangre fría; que un hidalgo á quien conozco mucho, ha tenido el atrevimiento de querer unirse con esa miserable canalla!

—Pero siempre es un valiente el que quiere defender á sus amigos, dijo Enrique temblando de cólera, y un cobarde el que los vé degollar sin ir á socorrerlos, como vos habeis hecho...

—Cobarde yo! exclamó Gaston, lanzándose puñal en mano sobre su hermano.

Enrique se puso en pié para defenderse; Juana se arrojó entre los dos, anegada en lágrimas.

—Hermanos míos, en nombre del cielo! exclamó; acordaos de lo que habeis prometido ahora mismo á nuestro padre, á mí, que os amo á los dos. El baron va á entrar; por piedad, no le aflijais otra vez con el espectáculo de vuestras querellas.

—Juana tiene razon, dijo Enrique sentándose; no hemos de estar siempre prisioneros, caballero, y otro dia quizá...

—Sea, respondió Gaston con indolencia; tenéis razon, Enrique, no hemos de estar siempre ante la vista de nuestro padre y de nuestra hermana, de un anciano y de una niña.

Y cambiando en seguida de tono, con esa movilidad que parecia ser el fondo de su carácter, dijo á Juana, que habia vuelto á tomar su labor y bajaba la cabeza para ocultar sus lágrimas:

—Vamos, hermana mia, héos aquí triste y

pensativa como siempre. Veamos: me prometéis estar mas alegre si os digo á quién he visto hoy entre la multitud, mientras miraba por una de esas grietas que nuestro padre se obstina en llamar ventanas?

—A quién, hermano mio? dijo vivamente Juana levantando la cabeza.

—A un antiguo conocido; un esforzado caballero que hace algun tiempo nos libertó de manos de los infieles.

—De quién habláis, Gaston? respondió la joven, cuyos ojos respladecian con un brillo extraordinario: sin duda es de Loudonois!... Oh!... Habéis visto al capitan Loudonois?

—Capitan! replicó Gaston con asombro; no sabia que era capitan. Diabolo, añadió con una ruidosa carcajada; yo no sé lo que les pasa á las mujeres cuando oyen hablar de sus amantes...

La palabra *amante* hizo estremecer á Enrique.

—Yo no sufriré, dijo con altanería, ni siquiera la suposicion de que mi hermana haya permitido á un miserable soldado, elevar los ojos hasta ella; y mi hermano, que tan bien sabe guardar el honor de la familia...

—Lo guardo mejor que vos, señor hugonote, dijo Gaston con amenaza.

Esta nueva disputa hubiera tenido fatales consecuencias, si en aquel momento el baron, que volvía del jardin, no se hubiera interpuesto entre los dos hermanos. Al verle estos, se calla-

ron llenos de confusion. Juana, por cuyo rostro habia pasado un relámpago de fugitiva alegría, retuvo en sus labios las innumerables preguntas que iba á dirigir á Gaston sobre un hombre, por el cual parecia interesarse mucho. El anciano fijó su penetrante mirada en sus dos hijos, y les dijo con amargura:

—Hijos míos, hace un instante os habeis dado la mano y os habeis abrazado delante de mí como dos buenos hermanos. No he estado ausente mas que un minuto para velar por vuestra seguridad, y á mi vuelta os encuentro mas encarnizados y mas enemigos que nunca.

Los dos jóvenes permanecieron un momento mudos é inmóviles; pero al fin el impetuoso Gaston, que por ser el mayor de los dos hermanos era el más atrevido, en presencia de su padre, hizo un ademán de impaciencia, y respondió:

—Es que esta vida, padre mio, es de todo punto insoportable. Yo no estoy acostumbrado á esta existencia de cartujo. Hasta ahora he llevado una vida alegre y divertida en las mas populosas ciudades, y hace ya ocho interminables meses que me teneis encerrado en esta desgraciada casa, solo porque algunos infelices mueren de la peste en las hediondas boardillas de Paris. Por la misa! padre mio, que prefiero afrontar todas las pestes de la tierra, á continuar semejante vida, en compañía de ciertas personas que me son antipáticas y repugnantes.

Una mirada oblicua lanzada á Enrique, le dirigió esta injuria, pero él se aproximó á su padre, y con ese tono grave y austero que afectaban los reformados.

--Señor, le dijo, Gaston tiene razon; uno de nosotros dos está de más aquí; y si me hubiérais permitido ejecutar esta noche mi proyecto de evasión, quizá la paz hubiera vuelto á nacer en vuestro hogar. El culto que he abrazado tiene necesidad de los esfuerzos de todos sus hijos para resistir á la opresion; yo no puedo permanecer aquí inmóvil, cuando los filisteos degüellan sin compasion á los hijos de Dios. Es preciso que lleve á los oprimidos el auxilio de mi palabra, y si es necesario el de mi espada. Señor, por la última vez os lo ruego, permitidme que os deje; así evitareis alguna desgracia, porque Abel y Cain no pueden vivir juntos, aunque sean hermanos por la sangre. Estoy cansado de sufrir tantas amenazas y tantos ultrajes como aquí se me dirigen, y acordaos de que el mismo Job perdió la paciencia.

Estas quejas, estos reproches de sus dos queridos hijos desgarraron el corazon del infeliz anciano, que, dejándose caer en un sillón, se cubrió el rostro con las manos, diciendo al mismo tiempo con entrecortados sollozos:

--Ingratos! ingratos!... quieren abandonarme, dejarme solo como á un padre sin hijos. Me acusan, me amenazan, qué me quedará en el mundo si ellos me abandonan!

Unos brazos que rodearon amorosamente el cuello del desesperado anciano. le hicieron levantar la cabeza: era Juana, Juana que se habia aproximado á su padre, y le abrazaba dulcemente, murmurando con indecible espresion de ternura y de amor:

—Y yo, señor, y yo?

—Sí, dijo el baron algo distraido; tú, Juana, no quieres abandonarme como tus dos hermanos, á quienes tanto has amado. Pero, ay! tú no puedes perpetuar el nombre de nuestra desgraciada familia...

Y desprendiéndose de los brazos de su hija, se levantó y se colocó entre sus dos hijos, que guardaban á bastante distancia el uno del otro, un continente sombrío y violento.

—Hijos míos, les dijo con nobleza y gravedad: vosotros me abrumais á reproches y os quejais con amargura de vuestra esclavitud, como si al encerraros aquí hubiera obedecido á un capricho y no á una imperiosa necesidad. Sin duda olvidais que en una noble y antigua familia como la nuestra, hay un deber mas poderoso aun que nuestras voluntades: el deber de no dejar extinguir el nombre que nos han trasmitido una larga série de abuelos. Hijos míos, vosotros sois los únicos vástagos de vuestra raza: muertos vosotros, la familia de los Champgaillard quedará estinguida para siempre. Hé aquí, hijos míos, por qué yo que comprendo el precio de la herencia que nos han legado nuestros antepasados, hé aquí por qué he tomado

tantas precauciones para preservaros de los males que aquejan á la Francia. Me acusais, hijos míos, de la pena que os causo al teneros sujetos en esta casa. Ah! me he perdonado á mí mismo el cumplir la penosa y difícil misión que me he impuesto?... Por la noche, cuando vosotros dormís, yo velo, velo por el precioso tesoro que he ocultado en esta casa, como el avaro vela por su oro. Yo era todavía jóven y robusto cuando vine aquí; ved! en algunos meses mis cabellos grises han encanecido completamente; los insomnios han enflaquecido mi rostro; las inquietudes han arrugado mi frente; y, sin embargo, no me quejo de todo lo que he sufrido y sufriré, si algun dia puedo veros sanos y salvos á los dos, si puedo abrazar á vuestros hijos. Hijos míos, vosotros sois mi alegría, mi orgullo, mi esperanza, tened piedad de vuestro anciano padre, y soportad con resignacion esta esclavitud, necesaria, no solamente para la gloria de nuestra casa, sino porque es el último consuelo que alimenta la pobre lámpara de mi vida, pronta á extinguirse al primer soplo de la desgracia.

El anciano se detuvo para ver el efecto que sus palabras habian producido en los dos culpables. Estos guardaban el mas profundo silencio; estaban conmovidos, porque aunque se odiaban mutuamente, amaban á su cariñoso padre.

—Y ni una palabra de ternura para mí! sus-

piró Juana en el rincón á que se había retirado.

Enrique tomó al fin la palabra:

—Señor, dijo con sarcasmo, que hayais puesto tanto cuidado en conservar los días de mi hermano Gaston, que es el primogénito de la familia, el que debe mantener su esplendor, y para quien están destinados todos los bienes, todos los honores, lo comprendo sin pena; pero que yo que soy el menor y no tengo ni fortuna, ni rango; que yo, que apenas puedo llevar la carga de mi pesado nombre, esté obligado á sufrir las mismas exigencias de familia, es una injusticia, señor, y tengo derecho para quejarme de ella. Os lo repito, no os opongais á mi partida. Isaac os queda; qué importa Ismail? Por otra parte, vos exagerais el peligroso azote que reina en este momento en la ciudad. Bien habeis visto esta noche que la multitud no era ni menos compacta ni menos bulliciosa que en los tiempos de prosperidad pública.

El baron apoyó la mano en el brazo de su hijo.

—No acabes, Enrique, dijo el desgraciado padre; no me hables de ir á afrontar un peligro que conozco mejor que tú; el nombre de Champgaillard no tiene bastante con dos apoyos, para que yo pueda sufrir que uno de los dos se esponga á perecer. Oh, hijo mio! te lo suplico, no pienses en dejarnos; tu culto no es el nuestro, bien lo sabes; á todos nos han acostumbrado á detestar ese nombre de hugonote

que tú has tomado para insultarnos; y sin embargo, te he dirigido algun reproche á causa de tu religion desde que has entrado en esta casa? Te he demostrado menos cariño que á tu hermano? Oh! quédate Enrique, quédate, te lo suplico? Tú hablas de esa terrible enfermedad sin conocerla; tú no sabes que todas las noches oigo el ruido de los carros que, cargados de muertos, conducen furtivamente á los cementerios por no horrorizar á los habitantes de Paris con el espectáculo de esta espantosa mortandad! Tú no has visto como yo á los desgraciados apestados, con la mirada estraviada, el rostro amarillento, los miembros torcidos por los dolores y roídos por las llagas!...

Repentinamente, el anciano se detuvo en medio de su horrible descripcion. Un tiro acababa de oirse en el jardin, y casi al mismo tiempo la conocida voz de Guillermo, dió el grito de alarma, pidiendo socorro. Todos los asistentes se estremecieron.

—Alguien se ha introducido en nuestra morada! exclamó el anciano con una indecible expresion de terror y de cólera; sacad vuestras espadas, hijos míos, y seguidme. Enrique, vos sois sin duda el culpable; habrán penetrado en la casa con el auxilio de esa fatal escala que debia servir para vuestra fuga. Seguidme, hijos míos, y como yo, no tengais piedad de nadie; se trata de salvar nuestra vida.

—Padre mio, hermanos míos, no me abandonéis! exclamó Juana procurando detener á los

tres hombres que se preparaban á salir reunidos un momento, para la defensa comun; tal vez sea falso ese aviso. Bien sabeis que Guillermo nos ha engañado ya muchas veces...

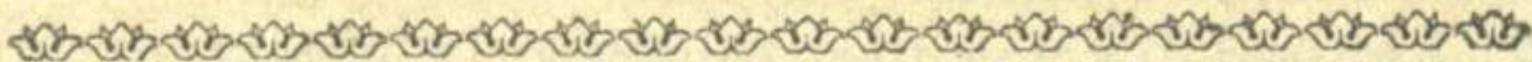
—A las armas! á las armas! gritaron otras voces en el jardin.

—Y un segundo tiro resonó en medio del silencio.

—Por desgracia no es mas que la verdad, dijo el baron con nueva energía; todos nuestros servidores están ya en el jardin para defendernos; vamos á ayudarles. Hijos míos! por la última vez os lo repito; no tengais piedad de nadie!

Y los tres salieron con la espada en la mano para socorrer á los que ya recorrian el jardin. Juana, que habia hecho los mayores esfuerzos para detenerlos, cayó sin aliento en un sillón; un vago instinto le advertia que iba á suceder una gran desgracia. La infeliz escuchó un momento los gritos que partian del jardin; pero estos gritos se alejaban poco á poco, como si el perseguido hubiera tomado una direccion opuesta á la de la casa. Quiso levantarse para asomarse á la ventana; pero no tuvo fuerzas para ello, y permaneció clavada en su sitio, presa de la mas horrible ansiedad.

---



## CAPITULO V.

### Momentos de angustia.

Repentinamente se dejaron oír pasos precipitados en el corredor que conducía á la sala en que se hallaba Juana. Esta creyó que su padre ó alguno de sus hermanos iban á tranquilizarla. Hizo un esfuerzo desesperado, se levantó, adelantó un paso. Un hombre apareció en el umbral de la puerta; Juana retrocedió... No era ni su padre, ni ninguno de sus hermanos: era Loudonnois.

El capitán estaba pálido y jadeante de fatiga; el desorden de sus vestidos y el sudor que corría de su frente, atestiguaban que acababa de sostener alguna lucha violenta. Juana no le reconocía; iba á gritar, cuando el joven militar juntó las manos en ademán suplicante, y se arrojó en sus brazos. diciendo en voz baja, pero con la mas profunda alegría:

—Juana!... Juana!... soy yo.

Al oír aquella voz tan querida, la jóven lo comprendió todo. Devolvió á Loudonois su abrazo, y durante algunos segundos pareció abandonarse completamente á la felicidad de volver á ver al objeto de su amor. Pero bien pronto el sentimiento del peligro que corria, la sacó de aquel éxtasis amoroso.

—Huye! huye! murmuró con voz ahogada; van á volver... te matarán... estás perdido!...

—Juana, he corrido muchos peligros para llegar hasta ti; todo lo he arrojado por verte, por hablarte... Juana, Juana mia, es preciso que me escondas aquí.

—Imposible! respondió la jóven con desesperacion. Tú no conoces la terrible justicia de mi padre; nada podria salvarte, y yo tambien moriria contigo.: Huye! huye te lo suplico!...

—Ya no puedo huir, Juana, tu padre me ha cortado la retirada. Varios soldados me esperan en la calle para prenderme. Apresúrate; el ruido de los pasos se aproxima, y dentro de un minuto, tu padre y tus hermanos estarán aquí...

—Oh! Dios mio, Dios mio, tened piedad de mí!...

—Juana, que me pierdes, que me asesinas, sálvame!

La jóven no pudo mas; hizo un esfuerzo sobrehumano, y abriendo rápidamente una puerta lateral:

—Escóndete aquí, murmuró con moribunda voz.

Loudonois estrechó vivamente su mano, y desapareció por la salida que se le habia indicado. Ya era tiempo; el baron y sus hijos se acercaban por momentos.

—Por aquí debe estar, exclamó el anciano con acento animado; es preciso que le hallemos aunque hayamos de registrar palmo á palmo toda la casa.

Juana se dejó caer sobre su silla, llena de espanto.

Cuando el baron de Champgaillard entró en la sala, la abarcó con una mirada, como si esperara encontrar en ella las huellas del que buscaba. Sus hijos iban á su lado, y detrás de ellos, se descubrian los despavoridos rostros de todos, los criados de la casa, raramente armados con todo lo que habian podido encontrar. Algunos llevaban varias antorchas, que daban á esta escena un aspecto sumamente lúgubre, capaz de aumentar su horror.

—Estás bien seguro, dijo el baron á Guillermo, que aun permanecia con su arcabuz en la mano; estás bien seguro de haber visto á ese miserable dirigirse hácia la casa, y entrar en ella mientras recorriamos el jardin?

—Lo juraria sobre la reliquia de la verdadera cruz, señor baron, respondió Guillermo; cuando estábamos bajo el terrado, le ví huir como una sombra negra por esta parte, y un segundo despues, vi brillar su espada bajo el pórtico de la casa; despues ha desaparecido.

—Sin embargo, dijo el baron, si ese hombre

ha penetrado aquí, ha debido atravesar este salon.

Y aproximándose vivamente á su hija, que estaba casi desmayada en un sillón:

—Juana, le dijo con dulzura: mientras has estado aquí sola, no has visto ni oído nada?

—Nada, señor, suspiró con dificultad la afligida jóven.

—Es extraño, replicó el baron golpeándose la frente. Veamos; reflexionemos, Juana; tu turbacion y tu espanto habrán sido causa de que no te apercibieras de la presencia de un extraño; estabas casi desmayada cuando te dejamos, y quizás habrán podido atravesar esta sala...

—He dicho que no he visto ni oído nada, replicó la jóven con voz mas clara y mas firme.

Y murmuró en el fondo de su pensamiento:

—Le mataran!... Le mataran!...

—Pues bien! dijo el baron; busquémosle por otra parte, aunque me parece imposible que ese desconocido haya podido salir de aquí. Por lo demás, he hecho cerrar la única puerta de la casa, y dos criados bien armados la defienden. Ese hombre no se nos puede escapar; seguidme, hijos míos, es preciso desalojar pronto á ese enemigo misterioso que ha venido á traer á nuestro pacífico retiro el desórden, y quizá ese funesto contagio que yo creia poder evitar á fuerza de precaucion y de sacrificios.

En seguida hizo una seña á los criados para que le precedieran con sus antorchas, y ya iba

á salir él mismo, cuando vió que ninguno de sus hijos queria seguirle. Gaston habia envainado su espada y se habia sentado como fatigado, mientras que Enrique, grave y pensativo como siempre, permanecia inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho, abismado en las mas profundas reflexiones. A la vista de este cuadro, el baron se detuvo, y mirando á los dos jóvenes con ironía,

—Muy bien! hijos míos, les dijo: será preciso que un anciano os dé ejemplo de valor?... acaso teneis miedo?

Gaston, el mas impetuoso y mas atrevido, fué el primero en responder.

—Miedo, padre mio? replicó; por la Hostia Consagrada! el miedo seria una enfermedad nueva en la familia Champgaillard. Lo cierto es, continuó estrujando su almidonada gorguera, que estoy rendido de cansancio; algunas veces, yendo de caza, he corrido javalíes y ciervos, pero sobre un buen caballo y en un traje menos incómodo que este. Juro á Dios y la Virgen, que el acero de mi jubon me ha entrado mas de dos dedos en el cuerpo, mientras perseguíamos á ese enemigo invisible, y ya sabeis, padre mio, que temo á la fatiga mucho mas que á la peste. Y puesto que el enemigo está cercado, tomemos aliento, ya tendremos tiempo para atacarle.

Un relámpago de indignacion brilló en los ojos del baron; esta indiferencia del primogénito de la familia hácia un acontecimiento que

podía comprometer la existencia de todos, le encolerizó. Sin embargo, se contuvo y se volvió hácia Enrique, como para hallar en él algún consuelo.

—Y tú, Enrique, le dijo; tú que no tienes ni jubon que te incomode, ni gorguera demasiado ancha; ni corsé que te hiera, rehusarás ayudar á tu padre á defender nuestro hogar?

—Señor baren, respondió Enrique con su voz austera; mientras se ha tratado de alejar de nuestra morada á un extraño que podía introducir en ella el contagio, os he seguido y hubiera pasado sobre mi cadáver antes que penetrar aquí, si no hubiera engañado nuestra vigilancia. Pero ahora que, á pesar de vuestros esfuerzos se ha introducido en esta casa, no puedo aprobar vuestros proyectos de venganza y de muerte, contrarios á la religion y á la caridad. El mal está hecho, y no tiene remedio: si ese desconocido ha traído aquí el contagio, su sangre toda no será bastante para curar los males que pueda causarnos. Creo, pues, que cualquiera que sea la causa de la llegada de ese desconocido, lejos de cerrar las puertas, como vos habeis hecho, y de guardar todas las salidas para que le hirieran al pasar, debemos anunciar en alta voz por toda la casa que no se le hará daño alguno si quiere salir prontamente y retirarse como havenido.

Este partido sábio y prudente impresionó profundamente al baren. En medio de su espanto al ver su casa invadida por la plaga que

asolaba á Paris, no habia pensado mas que en vengarse del que acababa de despertar sus paternales inquietudes de una manera tan terrible; reflexionó un instante, y

—Tu dictámen puede ser bueno. Enrique, dijo: ya sabes que yo no puedo ser cruel sin necesidad. Pero suponiendo que yo permita á ese miserable retirarse sano y salvo como me aconsejas, cómo puedo hacerle salir de aquí sin que nadie se vea obligado á ayudarle, esponiéndose así al contagio de la fatal enfermedad de que quizá esté atacado?

—Muy sencillamente, dijo Enrique bajando la voz; vos teneis la escala de cuerda que yo mismo habia preparado, y le será fácil escalar la tapia del jardin sin que nadie le ayude. Y ademàs, continuó aproximándose á su padre para no ser oido mas que por él: no sabeis, señor, que hay en un pabellón separado del jardin una puerta secreta, cuya llave solo vos poseeis, y por la cual se puede salir por medio de un subterráneo á una casa desierta de este arrabal?

—Enrique! como sabes?...

—Los ojos de un prisionero son muy perspicaces; una señal, un grito, una mirada significan muchas cosas para él; sé, pues, que podeis hacer salir de aquí á ese hombre. Y por otra parte, añadió en voz alta y con la mayor firmeza, si como creo, el que se ha introducido en esta casa es uno de esos pobres reformados, que no hallando otro asilo, se ha refugiado aquí,

no importa por qué medio, para huir de las garras de sus asesinos, declaro que no sufriré que se haga ningun daño en mi presencia á uno de mis hermanos en religion.

—Y yo, replicó el fogoso Gaston, yo que no quiero que un hugonote halle más generosidad en la casa de mi padre que un bueno y leal católico, declaro que no sufriré que se toque á uno solo de sus cabellos, si ese desconocido ha recibido el bautismo, y si lleva un nombre cristiano como todo fiel hijo de la Iglesia.

—Pero que sabeis vosotros, objetó el baron medio vencido, si ese á quien quereis proteger es algun ladron, que despues de conocer los medios para entrar y salir en esta casa, volverá alguna noche con otros malhechores como él, para robarnos y asesinarnos durante nuestro sueño?

Juana, que cobraba un poco de valor á medida que veia alejarse el peligro del misterioso personaje, cuyo nombre solo ella sabia, se levantó á su vez, y

—Por qué, señor, dijo, el que se ha introducido aqui contra vuestra voluntad no puede ser un amigo encargado de comunicaciones importantes, que interesen á vuestra felicidad ó á la de vuestros hijos? Por qué no ver en él más que á un ladron ó á un fanático? Acaso no hay en ese mundo que hemos abandonado, muchas personas que nos aman ó á quienes amamos, que nos han prestado importantes servicios ó á quienes se los hemos prestado nosotros,

amigos, en fin, que por algun gran motivo que os explicarán sin duda?...

—Juana, interrumpió el baron con voz terrible; tú conoces á ese hombre, tú le has escondido aquí!

—Perdon! exclamó la jóven vendida por su conciencia, y cayendo de rodillas.

—Pardiez! algun amante, dijo Gaston, prorumpiendo en una carcajada.

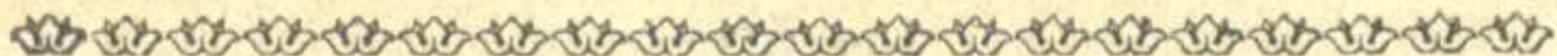
—Un amante! repitió Enrique lanzándose con la espada en la mano hácia su hermana como para matarla:

—Dónde está? dónde está? rugió el baron con voz mas terrible todavía.

—Héle aquí! dijo una voz sorda al otro extremo de la sala.

Al mismo tiempo se abrió la puerta del fondo, y el capitan Loudonois, con las facciones alteradas, tambaleándose, y como aniquilado por la emociion, apareció repentinamente sin armas, con la cabeza descubierta y los brazos cruzados sobre el pecho.

---



## CAPITULO VI.

### La peste.

La vista de Loudonois hizo estremecer á todos los asistentes, algunos retrocedieron como en presencia de un animal ponzoñoso, otros hicieron un movimiento para lanzarse sobre él. Los dos jóvenes sacaron de nuevo sus espadas, pero el baron, les hizo retroceder hasta el otro extremo de la sala, exclamando:

—No le toqueis! no os acerqueis á él! por piedad, hijos míos, alejaos de ese hombre! dejad que yo solo le interrogué, que sepa quién es, lo que quiere...

—Señor, exclamó Juana con acento desgarrador: no le conoceis?

—El señor baron tiene muy poca memoria, dijo el capitán con irónica sonrisa; sin embargo, apenas hace cuatro años salvé el honor de vuestra familia, señor baron, y á vos y á vuestros hijos os salvé la vida, os di la libertad.

—El sargento Loudonnois! exclamó Gaston, que fué el primero que le reconoció.

—Un fiel reformado, añadió Enrique.

—Silencio, hijos míos, y no le toqueis, dijo el anciano conservando siempre una respetuosa distancia entre sus hijos y el desconocido.

Y dirigiéndose despues al capitán.

—Caballero, replicó con voz grave y severa; perdonadme que no haya reconocido en el hombre que se ha metido esta noche en mi casa, aun á riesgo de introducir en ella el contagio, al generoso soldado que hace cuatro años nos prestó tan inminentes servicios.

—Conozco que he hecho mal en penetrar hasta aquí, dijo el capitán con alterada voz; pero sabed que esta casualidad ha colmado los mas ardientes votos de mi corazón.

—Pues bien; decidnos el objeto de vuestra venida, repuso el barón, y pensad que vuestra presencia en mi casa, puede envenenar el aire que respiran mis hijos.

—Sea! exclamó el capitán con exaltacion; me esplicaré. Señor barón..... os acordais de que amo á vuestra hija? .. Os acordais de lo que me digísteis el dia que os pedí la mano de Juana? Yo no era entonces mas que un simple soldado, y no os faltaban motivos para rechazar mi proposicion. Ahora, caballero, las circunstancias han cambiado; las promesas que me hicísteis cuando no pensábais que yo tuviera la temeridad de aceptarlas, me han dado fuerza y valor para merecer la preciosa recom-

pensa que tanto ambicionaba. Ahora, gracias à la bondad del rey, que me ha remunerado mis largos y señalados servicios, soy rico, noble, católico como vos. Si vos sois Baron, yo soy Conde; si vos descendéis de una antigua familia, yo puedo fundar otra familia nueva. El capitán, conde Loudonois, viene á reclamar la palabra dada al pobre sargento hugonote; comprendéis ahora, caballero, por qué queria veros aun á costa de mi vida?

—Un renegado! exclamó Enrique con desprecio.

—Un noble de nuevo cuño! añadió Gaston.

El baron no respondia; se habia empeñado una lucha violenta entre su orgullo y su amor de padre: Juana le miraba con ansiedad.

—Es cierto cuanto dice, exclamó la infeliz; él no sabe mentir.

El baron le impuso silencio con un gesto imperioso, y...

—Teneis razon, exclamó dirigiéndose al capitán, que desfallecía por momentos, no sabemos si á causa de la fatiga de aquel dia, ó á causa del calor con que acababa de expresarse; sí, teneis razon al dudar del éxito de semejante demanda hecha en circunstancias tan extrañas, tan peligrosas para nosotros. De otro modo, hubiera podido contestar mas favorablemente al valiente soldado que hace cuatro años sacrificó su vida por salvarnos; pero ahora, ahora no veo en vos mas que un hombre que se ha introducido como un ladron en mi casa, á favor de la oscuridad de la noche, y no solo os niego la

mano de mi hija, sino que os mando salir de aquí inmediatamente.

—Señor, perdon, piedad para él! exclamó Juana, arrodillándose á los piés de su padre. Varios soldados le esperan en la calle para prenderle, para matarle sin duda.

—Callaos, señorita, dijo el baron con severidad; ya sabremos mas tarde la parte que habeis tomado en los acontecimientos de esta noche. En cuanto á ese hombre, la vida de mis hijos es mas preciosa que la suya; pero... qué veo! exclamó con espanto examinando las facciones de Loudonois; me parece que ya...

—Sí, dijo el capitán con voz entrecortada, y apoyándose contra la pared para no caer. No sé lo que experimento, pero la emocion, la agitación, el cansancio... han agotado mis fuerzas...

El baron avanzó un paso para reconocerle mejor. Despues retrocedió de un salto, dando un grito terrible, y apoderándose de los brazos de sus hijos para arrastrarlos fuera del salon.

—La peste! la peste! exclamó con terror. Huid, hijos míos, salid pronto de esta maldita casa. Ese hombre execrable nos ha traído el contagio: estamos perdidos!

—Dios mio! será posible! murmuró Juana.

—Estais seguro de que no os equivocais, padre mio? preguntó Gaston con terror.

—No, no puedo equivocarme; veis ese rostro lívido, esa tez plomiza, y esos ojos vidriosos y flamíjeros, pues bien; eso es la peste. Huyamos,

huyamos, hijos míos, estas paredes están ya impregnadas de veneno.

—Que salga ese hombre antes que todo! dijo el feroz Enrique, dirigiéndose al capitán espada en mano. Vuestra presencia aquí es peligrosa; salid! salid inmediatamente!

—Bien lo quisiera, dijo el infeliz con voz apenas perceptible, pero... no puedo. Oh! Dios mío! causaré yo la muerte de mi pobre Juana!

Y cayó al suelo medio vencido por la violencia de la horrible enfermedad que le dominaba.

—Miserable! exclamó el barón arrancando el puñal á uno de sus hijos, y acercándose á Loudonnois: salid de aquí ú os mato.

—Señor, piedad para él.

—Desgraciada! exclamó el anciano en el colmo de la desesperación; vos que habeis introducido aquí á ese hombre, que será la ruina de nuestra familia, pagareis bien caro vuestro crimen. Salid, continuó dirigiéndose al capitán. Hijos míos, dejadle pasar; si muriera aquí, ya no nos quedaba ninguna esperanza de salvación.

Loudonnois hizo un esfuerzo desesperado para levantarse, pero inútilmente; cayó sin fuerzas á los pies de aquellos desalmados hombres, arrojando un grito de dolor.

—Yo no puedo salir sin que me ayuden, sin que me sostengan, murmuró.

—Pues bien! exclamó el barón dirigiéndose á los numerosos criados que se agrupaban á la

puerta; no hay ninguno entre vosotros que me sea tan adicto que sacrifique su vida en este momento, por salvar la de toda mi familia?... Amigos míos, lo juro solemnemente; daré la mitad de mi fortuna al que se lleve de aquí á ese hombre, si deja esta desgraciada casa, para nunca mas volver.

Un profundo silencio acogió estas palabras. Todos los criados, incluso Guillermo, retrocedieron de espanto; ninguno hubiera rehusado exponer su vida en un combate por la familia Champgaillard; pero aquella horrible enfermedad, el absoluto abandono que consigo arrastraba, los horrorosos sufrimientos que causaba, les parecían mucho mas horribles que la muerte misma. Ninguno, pues, se adelantó para obedecer las órdenes del baron.

—Yo! yo! exclamaron al mismo tiempo Gaston y Enrique.

—Vosotros, hijos míos! dijo el baron lanzándose pronto como el relámpago para cerrarles el paso; vosotros, que sois la esperanza de mi raza, vosotros por quienes pido este sacrificio!... Atrás! atrás! en nombre de Dios! Yo me sacrificaré antes que permitir...

—No, no, yo le salvaré! exclamó Juana, lanzándose hácia el apestado.

—Juana, alejaos, os lo mando...

—Hermana mia! gritó Enrique.

—Pobre Juana! murmuró Gaston.

—Dejadme! exclamó la jóven con voz firme y ademan inspirado; yo seré la que sostendrá á

nuestro libertador y la que le cuidará cuando todos le hayan abandonado; yo la que moriré con él, si el mal es mas poderoso que mis cuidados y mis plegarias.

Y arrodillándose al lado del moribundo:

—Soy tu esposa, le dijo; tú has recibido en secreto mis juramentos, como yo he recibido los tuyos; ahora que vamos á morir, ahora que las barreras del rango y del nacimiento ha caido ante nosotros, podemos confesarlo con orgullo.

El capitán quiso separar de sí á la jóven murmurando palabras entrecortadas; el barón y sus hijos quisieron arrancarla de los brazos del apestado; pero ella, rechazándolos, dijo con extravío:

--Quién osará disputarme el consuelo de morir con mi desposado? Quién osará afrontar como yo el contagio que le devora? Ved, dijo llevándose rápidamente á sus labios la mano del enfermo, que se resistia con todas sus fuerzas; yo beso sus manos por cuyas venas corre la peste; ved, su aliento está envenenado, y yo respiro su aliento. Los dos vamos á sufrir y morir juntos lejos de aquí, á ser libres en fin. Paso, padre mio, hermanos míos; dejadnos salir, porque la muerte va con nosotros, y vosotros no quereis la muerte.

El asombro y el espanto habian petrificado á todos los asistentes; la acción de la jóven habia sido tan pronta, tan imprevista, estaban tan convencidos de que para Juana no habia salvacion posible, que nadie osaba oponerse á

sus designios. Todos guardaban el mas profundo silencio.

—Será preciso, exclamó al fin el baron, que yo pierda mi hija por salvar á mis hijos.

—Vuestra hija! replicó Juana con amargura; y desde cuando, señor, os habeis acordado de que teneis una hija, sino para sacrificarla al orgullo de vuestra familia? Vos no habeis tenido nunca para mí ni las caricias ni la afeccion de un padre; toda vuestra ternura, todas vuestras esperanzas han sido para vuestros hijos, los herederos de vuestro nombre. Vos habeis rehusado mi mano, al que yo adoraba con todo mi corazon, á pesar de que os ha prestado tan eminentes servicios; habeis sacrificado mi felicidad á las egoistas exigencias de vuestro rango, y sin embargo, continuó con voz suplicante, no os he dirigido jamás ninguna queja, ningun reproche. Por todos estos sufrimientos que yo ocultaba en el fondo de mi alma, no os pido mas que una gracia; la de consagrarme enteramente al salvador de nuestra familia, uniéndome á su suerte, sacrificándoselo todo, hasta la vida, y no os quejeis, porque os quedan vuestros hijos, vuestros únicos hijos. Qué os importa que la pobre Juana, que tanto ha llorado en secreto, muera por salvaros!

Un raudal de lágrimas corrió de todos los ojos; el dolor hablaba mas alto en aquel momento que el espanto. Gaston y Enrique, conmovidos por el heroismo de su hermana, iban á hacer algunos imprudentes esfuerzos para opo-

nerse á su generoso designio, cuando el baron, que comprendió el peligro, salió repentinamente de la especie de estupor en que le habian sumergido los reproches justamente merecidos de su hija, acababa de tomar un partido enérgico, violento, desesperado.

—Pues bien! puesto que ha de haber una victima, exclamó, puesto que Juana se ha sacrificado á pesar nuestro, puesto que ya nada puede salvarla, que se cumpla el sacrificio... Retiraos todos; voy á sacar á ese imprudente y á esa infortunada fuera de los muros de esta maldecida casa. No puedo salvar de otro modo mi familia y mi nombre.

—No! no! exclamaron los dos jóvenes, nosotros no sufriremos que nuestra hermana...

—Desarmadles! conducidlos á sus aposentos, y encerradles, hasta que todo haya terminado, dijo el baron con imponente energía; desgraciado del que no obedezca mis órdenes!

Los criados dudaron un momento; pero la voz del baron habia sido tan terrible, tan amenazadora, que duró poco aquella duda. Desarmaron á los jóvenes, y á pesar de su resistencia y de sus amenazas, los arrastraron fuera de aquel sitio.

El anciano se halló en presencia de los desgraciados sacrificados á la muerte, y con el aparente valor de la desesperacion, cogió una antorcha, sacó una llave de uno de sus bolsillos, y dijo con voz cavernosa:

—Seguidme!

Durante este tiempo, Loudonois habia conseguido levantarse ayudado por Juana. El mal habia hecho ya rápidos y horrorosos estragos en sus facciones, y hacia estremecer, el ver aquella jóven blanca y sonrosada todavía, al lado de aquel cadáver viviente, marcado ya para la tumba.

El baron no tenia valor para mirar tan horrible contraste, y ya se preparaba á salir sin mirar á su hija, cuando el desgraciado Loudonois, dijo mirando al cielo con voz débil y desgarradora:

—Tomo á Dios por testigo, de que no me ha sido posible rehusar el sacrificio de mi noble Juana. Tomo á Dios por testigo, de que si hubiera tenido mil vidas, las hubiera dado todas por poderlo rehusar.

—Seguidme! repitió el baron con entrecortados sollozos.

La marcha comenzó lenta, grave, fúnebre. Todas las avenidas estaban libres; á nadie se veia; la noche era sombría y silenciosa; ya no se oia en el arrabal ni el mas leve ruido. Delante iba el baron, tranquilo en apariencia, pero el corazon hecho pedazos; si sus cabellos no hubieran sido blancos como la nieve, hubieran encanecido en aquella sola noche. Sostenido por la heróica Juana, y apoyándose en su espada, adelantaba tristemente Loudonois, murmurando palabras de reconocimiento, de ternura y de respeto. Juana iba tranquila y resignada, y de vez en cuando repetia con

evangélica dulzura estas tristes y consoladoras palabras:

— Los dos moriremos juntos!

Así atravesaron el jardín; el monótono zumbido de la hojas, la profunda oscuridad de la noche, la arena que tristemente rechinaba bajo sus piés, las formas fantásticas que pasaban de una parte á otra del camino, como sombras infernales evocadas por la varita mágica de un nigromántico, aquella luz inexorable que les precedía, hasta aquella barrera mas allá de la cual debían hallar la muerte y el abandono. Todo daba á aquella escena un carácter enérgico y solemne.

Por fin llegaron á uno de los pabellones del jardín. El baron abrió la puerta, y sin hablar, sin volverse para ver si le seguían, penetró resueltamente en el pabellon; allí no tardó en hallar otra puerta secreta que abrió con aquella llave misteriosa que no le abandonaba nunca. Tras aquella puerta apareció un negro subterráneo; el baron fué el primero que se internó en él, y así continuaron la marcha hasta que llegaron á otra puerta que daba á una casa desierta, situada al otro lado de la calle que Loudonois habia recorrido aquella noche misma; solamente entonces se volvió el inexorable guia hácia los dos enfermos, y les dijo con emocion:

— Estais libres; que Dios tenga piedad de vosotros!

Loudonois cayó sin aliento sobre un banco

de madera, olvidado sin duda en aquella casa; el anciano, temiendo perder la razón, iba á alejarse ya, cuando la voz dulce y seráfica de Juana le detuvo, diciéndole:

—Padre mio, vuestra hija va á morir quizá, y vos no la habeis bendecido.

—Yo te bendigo, hija mia, contestó llorando el baron; eres una santa!

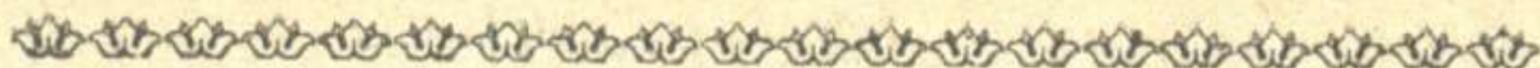
—Y yo, caballero, balbuceó Loudonois, puedo esperar que me sean perdonados todos los males que tan involuntariamente os he causado?

—A vos, exclamó el baron, no me obligarian á perdonaros todas las torturas, todos los suplicios del infierno.

En seguida hizo un esfuerzo, se dirigió á la puerta y desapareció cerrándola vivamente. Atravesó sin detenerse el subterráneo y el pabellón, se aseguró de que por aquella parte ya nadie podia penetrar en su casa, y cayó de rodillas sobre la arena del jardin, murmurando con delirio:

—Dios mio!... Dios mio!... Bien sabeis vos que yo no podia salvar de otro modo mi familia y mi nombre!

---



## CAPITULO VII.

### La cabalgata.

Seis meses despues de las lúgubres escenas de la casa murada, Paris habia cambiado de aspecto completamente. La vuelta del rey á su capital, habia entibiado, ya que no apagado, las querellas religiosas, y la peste, despues de haber diezariado una parte de la poblacion, acababa de desaparecer repentinamente, gracias á las sabias medidas adoptadas por el duque de Sully.

En cuanto á los diferentes personajes que han figurado en el curso de esta historia, bueno será que escuchemos la conversacion que sostenian dos tranquilos bebedores de la taberna de *La mejor de las religiones*, cuyo título, sea dicho de paso, estaba cuidadosamente calculado para atraer á la vez por su significacion ambigua, tanto á los católicos como á los hugonotes.

La ventana que daba al arrabal estaba abierta, á fin de que los parroquianos pudieran gozar de lo apacible de la temperatura. Los dos amigos miraban con insistencia á la calle, como si estuvieran esperando en aquel lugar á algun personaje importante; unos veinte arqueos estaban sentados á algunos pasos de la taberna, esperando sin duda como ellos.

La casa murada conservaba todavía su antiguo y pavoroso aspecto; las demás casas del arrabal, desiertas algunos meses antes, se habian poblado de numerosas y alegres familias; únicamente aquella fortaleza en miniatura, ha permanecido sombría y muda, sin que ninguna criatura humana se dejara ver en sus murallas ó plataformas.

El lector se asombrará de la buena inteligencia y de la franqueza que reinaba entre los dos personajes que se hallaban sentados en la taberna con los dos codos apoyados sobre la mesa, cuando sepa que uno de ellos era nuestro antiguo conocido Didier, tan tranquilo y flemático como siempre, y que su compañero, era el mismo sargento que la noche de la llegada de Loudonois, habia querido apoderarse del pobre tabernero, para entregárselo al verdugo. El buen Didier no habia olvidado esta circunstancia, porque decia con su calma ordinaria:

— Yo no he nacido para la guerra, sargento Chatolin, y en la terrible noche de que hablamos, ví la muerte muy cerca. Vos estábais em-

peñado en ahorcarme, y si no hubiera sido por el capitán...

—Qué quereis! yo no conocia entonces vuestro vino, os habíais sublevado, y el deber...

—Bah! yo iba acompañado de un hombre que se ha hallado ya en muchísimas batallas, y que no hubiera sufrido que me arrancaran un solo pelo de la cabeza, aun cuando tres mil arqueros del prebostazgo, se hubieran conjurado contra mi insignificante persona.

—Pues yo os aseguro que si el diablo no hubiera ido en su socorro, hubiera probado el filo de mi tizona.

—El diablo! exclamó el tabernero con asombro.

—Sí, el diablo, repitió el sargento con naturalidad; yo vi al capitán huir como una liebre por la callejuela de la casa murada. Quería prenderle á toda costa y vengar á mi pobre camarada, que gritaba como un endemoniado, revolcándose en su propia sangre. Mis compañeros tampoco querían dejar impune la muerte de un arquero del prebostazgo, y convinimos que toda la noche guardaríamos aquel mismo desfiladero para que el asesino no se nos escapara. Permanecimos de faccion hasta mucho despues de terminada la borrasca popular, y nadie parecia. Ya empezábamos á fastidiarnos, cuando de repente vimos entre el silencio y la oscuridad á dos misteriosas sombras que caminaban con paso rápido y cauteloso. Preparamos nuestras armas, y grité: "Quién vive!," Al

ver que no respondían, me adelanté y reconocí á nuestro enemigo... pero no iba solo.

—Ah! murmuró Pacífico, mientras que una sonrisa ligeramente irónica contraria su apacible fisonomía: iba con el diablo!

—Iba con una mujer, exclamó bruscamente el sargento, irritado por la aparente incredulidad de su auditor; no os diré de donde salían, y si era realmente de carne y hueso como todas las mujeres: lo que sé es que cuando nos acercamos á ella nos lanzó una mirada... que no es fácil olvidar, dado caso que fuera la de una criatura humana. Ninguna se atrevió á tocarla á ella ni á su compañero, á pesar de que le habían reconocido en su uniforme y en su penacho, Sin embargo, yo, que no me asusto de nada, iba muy sencillamente á coger por el cogote al capitán, cuando de repente... aquella mujer arrojó un grito agudo, lastimero, sobrehumano; un grito como no lo he oído, como no lo oiré nunca, y me dijo con voz temblorosa: "Alejaos,, desgraciado, tiene la peste!," En aquel momento levantó la cabeza el capitán: su rostro estaba lívido, cadavérico, horrorosamente descompuesto. Al verle, nada pudo retener á mis arqueros; huyeron despavoridos, y yo instintivamente y sin pensar lo que hacía, dejé caer la linterna y me arrimé contra la pared. Enseguida aquellas sombras se fueron en silencio y desaparecieron en la estremidad de la calle; desde entonces no las he vuelto á ver.

—Pues bien, sargento Chatolin, dijo el tabernero sonriéndose de nuevo; aquella mujer que vos tomáis por un génio maléfico, era un ángel de dulzura y de bondad, que ha salvado la vida á mi pobre capitán. Era nada menos que la señorita Juana de Champgaillard, que se habia sacrificado para servir de guia al capitán; de quien todo el mundo huía, y á quien todos rechazaban á causa de la peste que habia cogido aquella misma noche, no se sabe como, entre la multitud. Parece que habia algun amorcillo de por medio, pero eso no nos importa. Sea lo que quiera, la señorita Juana condujo á Loudonnois á casa de un antiguo amigo, y á riesgo de morir con él, le cuidó con una perseverancia que ha sido largamente recompensada, puesto que ella está sana y salva, y el capitán completamente curado.

Despues se retiró á un convento, del cual no ha salido hasta ahora. Pero lo mejor del asunto es que el rey, que ha oido hablar de todo esto, ha llamado á Loudonnois, á quien conoce hace mucho tiempo, y ha querido saber por su propia boca todos los detalles de la aventura. Lo que le ha contado el capitán respecto á la familia de Champgaillard, lo ignoro; lo que sé es que viene muy á menudo aquí, y que pasa horas enteras mirando la casa murada. Algunas veces ha tirado cartas por encima de las tapias del jardin; ha llamado, ha hecho varias señales sin que los habitantes de esa casa se hayan apercebido de ellas, y por fin ha solicita-

do y obtenido del rey esa órden de informacion que vos y vuestros arqueros teneis que ejecutar en casa del baron de Champgaillard, así que llegue el que debe dirigir esas indagaciones.

—Extraña es la historia que me habeis contado á propósito de ese capitan y de esa señorita, y aunque no comprendo bien ciertas circunstancias de vuestro relato, quisiera saber qué es lo que vamos á hacer mis arqueros y yo en esa casa que Dios confunda.

—Vais á saberlo, dijo el tabernero levantándose y dirigiéndose á la ventana; oigo el galope de algunos caballos, que sin duda anuncian la llegada de aquellos á quienes estais esperando.

En efecto, una numerosa cabalgata desembocaba en aquel momento en el arrabal, y adelantaba con rapidez.

Al frente de este cortejo iba un ugier vestido de negro, montado en una mula. Detrás seguía una litera, cuidadosamente cerrada, y al lado de esta litera, caracoleaba sobre un magnífico caballo un apuesto ginete, en el cual apenas pudo reconocer el buen Pacífico á su antiguo jefe el capitan Loudonois. Es verdad que el capitan habia cambiado mucho desde los sucesos que habian tenido lugar seis meses antes; su traje de viaje, tan sencillo y tan mezquino, habia sido reemplazado por una rica armadura de acero bruñido, que llevaba con gracia y nobleza, y su casco de plata dejaba ver

sus hermosas facciones, alteradas en aquel momento, por las huellas de la inquietud.

De vez en cuando se aproximaba á la cerrada litera para dirigir en voz baja algunas palabras á la persona que la ocupaba. El resto del cortejo se componia de pajes, criados y algunos militares de noble apariencia, amigos todos del capitán Loudonois.

Pronto llegaron á la taberna; Pacífico y Chatolin estaban y en la calle. Así que el capitán los apercibió, bajó del caballo, y haciendo detener á su comitiva, se acercó á los dos curiosos que parecían esperarle.

Estrechó amistosamente la mano de Pacífico, y dirigiéndose á su compañero, le dijo con la mayor indiferencia:

— Sois vos el sargento Chatolin?

— El mismo que viste y calza, respondió bruscamente el interpelado.

— Están prontos vuestros arqueros?

— Sí; pero quién sois vos para interrogarme así?

El capitán se volvió hácia el ugier, que no habia podido bajar de su mula, á pesar de las pullas de los pajes y de los soldados, y...

— Cumplid con vuestro deber! le dijo con voz imperiosa.

El ugier se inclinó, y desplegando un inmenso cartapacio, empezó á leer con voz gangosa una orden del preboste de Paris, segun la cual, todos los soldados y agentes del prebostazgo debian obedecer al capitán Loudonis para

llevar á cabo una secreta mision, que habia recibido del rey. Chatolin, que no comprendia las confusas palabras del ugier, sacudia de vez en cuando las orejas con la mayor impaciencia.

—Se trata de hacer algunas pesquisas en la casa murada, y de que me obedezcais en todo lo que yo os mande, interrumpió Loudonois, no menos impaciente que él. Esta es la orden del rey.

—Basta, dijo el sargento, que comprendia mejor este lenguaje que el del mandato prebostal; el capitan Loudonois, añadió con cierto aire de malicia soldadesca, puede acordarse de la exactitud con que cumplo mi deber.

El capitan le miró con mas atencion que hasta entonces, y,

—Si no me engaño, le dijo, vos sois el que tan encarnizadamente me perseguísteis la noche que maté á vuestro camarada.

—Sí.

—Pues bien! replicó el capitan volviendo repentinamente á sus costumbres militares, y tendiéndole la mano con cordialidad, no os guardo rencor; estrechad mi mano, y seamos amigos.

El sargento estrechó entre sus callosas manos la que el capitan le tendia con tanta franqueza, y formó en seguida sus soldados, diciéndole á Pacífico con satisfacion:

—Teneis razon, tabernero de Barrabás, vuestro amigo es todo un valiente.

Durante este tiempo, Loudonois se habia

acercado á la litera, y levantando con respeto una de sus cortinas.

—Ya hemos llegado, Juana, le dijo á la persona que la ocupaba; valor, dentro de algunos instantes, abrazarás á tu padre y á tus hermanos.

—No, no, Loudonois, respondió una voz dulce y melancólica, no me engañes con vanas esperanzas, mi padre y mis hermanos no existen ya...

—Desecha tan tristes ideas, Juana mia; tu padre existe todavía, y ya sabes la promesa que el rey me ha hecho para reanimar su valor. Ten paciencia, voy á hacer que derriben la puerta, ya que no hay otro medio de penetrar en esa casa.

—Loudonois, no hay nadie en las murallas ni en las plataformas?... Acabo de oír tocar la bocina; nadie responde?

—Nadie, Juana, dijo el capitán con profunda tristeza; esta casa parece que está abandonada.

—Eso es que han muerto todos, murmuró la jóven sollozando.

El capitán dejó caer las cortinas de la litera para ocultar la mortal inquietud que á su pesar se pintaba en su rostro, y las lágrimas que corrian silenciosamente por sus atezadas mejillas.

Bien pronto los arqueros, con su jefe á la cabeza, llegaron á la casa en que estaba la puerta secreta. La derribaron, penetraron en el sub-

terráneo, y á la luz de las antorchas, hicieron astillas la segunda puerta. Todos se hallaron en el pabellon del jardin. Los soldados y los pajes iban à lanzarse en él, cuando Loudonois los detuvo con un gesto imperioso.

—Que nadie salga de aquí sin mi permiso, exclamó con energia. Solo la señorita de Champgaillard y yo, debemos penetrar en esta casa. Así lo ha mandado el rey.

Despues salió y volvió con Juana, que no habia dejado su litera hasta aquel momento: la palidez de sus megillas hacia resaltar extremadamente el brillo de sus ojos negros; vestia el hábito blanco de las novicias del convento, al cual se habia retirado despues de restablecido Loudonois. Apoyaba una de sus delicadas manos sobre el acorazado hombro del capitán, y estaba tan débil, tan vacilante, habia tanto dolor en su demacrado rostro, que todos los asistentes la miraban con el mayor respeto, por sus sufrimientos y su desesperacion. Al pasar por delante de los arqueros, les saludó con un movimiento imperceptible de cabeza, y se alejó silenciosamente, siempre sostenida por el capitán. Bien pronto desaparecieron los dos por entre un bosquecillo, que ocupaba el centro del jardin.

Pacífico se acercó entonces el sargento Chatolin, que se habia quedado como petrificado al ver aquella hermosa aparicion, y

—En qué pensais? le dijo.

—En que esa mujer es un ángel! respondió

el veterano sargento, apercibiéndose solamente entonces, de que una lágrima rebelde corría insolentemente por su mejilla, en presencia de todos sus soldados.

--Cómo cambian los hombres en seis meses! respondió Pacifico con su tímida malicia.



## CAPITULO VIII

### Juicios de Dios

Entre tanto, Juana y Loudonois atravesaban lentamente el jardín. La casa, cuya puerta y ventanas estaban herméticamente cerradas, parecía abandonada por sus habitantes. Un musgo verdoso carcomía ya el umbral, y los golondrinas, cuyos gorjeos se oían en aquella tétrica soledad, habían formado su nido en uno de los postigos de la sala baja, prueba cierta de que áquella sala, no se había abierto desde la primavera anterior.

Al ver tanta desolación, el corazón de la jóven se comprimió dolorosamente; la infeliz se detuvo para llorar.

—Amigo mio, murmuró, ya te lo decia yo, llegamos demasiado tarde.

—Juana, respondió Loudonois con dulzura, solo hace algunos dias que la peste ha desa-

parecido por completo de Paris, y hasta hoy no hemos podido penetrar en esta casa, sin comprometer la existencia de tu padre y de tus hermanos. Pero mira, continuó bajándose y recogiendo un pergamino, cuyos caracteres estaban borrados por la lluvia y el rocío; mira el caso que hacian de nuestras advertencias. Las dejaban donde las encontraban por el temor al contagio.

—Quién hubiera podido recoger esas cartas. Loudonois?... dónde están aquellos á quienes iban dirigidas?

—Juana, replicó el capitán procurando dar á la jóven una esperanza que él mismo no tenia, tal vez tu padre y tus hermanos, creyendo que no existias, habrán dejado esta casa para refugiarse en alguna provincia, sin prevenir á nadie. Que pruebas tienes para que se realicen tus fatales previsiones?

—Pruebas! exclamó Juana deteniéndose y estrechando con fuerza el brazo de Loudonois; quieres pruebas?... pues míralas!

Y designó dos ó tres cruces de madera groseramente labradas, que se veían lúgubres. sombrías á algunos pasos de distancia. El capitán se estremeció y quiso arrastrar á la jóven lejos de aquel sitio fatal; pero ella se resistió con energía; y Loudonois se vió obligado á seguirla hasta aquellas tumbas, que iban á revelar sin duda algun horrible secreto.

Juana se arrodilló temblando al pié de la primera cruz, y procuró descifrar una inscrip-

cion grabada penosamente con un cuchillo, sobre el travesaño. Pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, el dolor la sofocaba, y el capitán fué el que leyó en voz baja: «Gaston, murió el 20 de noviembre de 1606.»

—Gaston!...hermano mio! exclamó Juana, levantando los ojos al cielo.

Y designando despues la otra tumba, hácia la cual no podia arrastrarse á causa de su debilidad:

—Y allí?... murmuró.

Loudonois se inclinó sobre la segunda cruz, y leyó: «Enrique murió el 17 de noviembre de 1606.»

—Muertos los dos! exclamó la infeliz Juana con acento desgarrador; muertos Gaston y Enrique!... Mi padre!... dijo designando la tercera tumba, mi padre debe estar allí!

Sus piernas se doblaron bajo su peso, y cayó medio desmayada con la frente apoyada en la cruz, como si no tuviera fuerzas para soportar una nueva desgracia. Loudonois la detuvo, y le dijo amorosamente.

—Juana, un consuelo nos queda en la desgracia que nos abrumba; tus hermanos han muerto á los tres meses de mi estancia en esta casa. No han sido víctimas de la peste, cuyo germen hubiera podido intrducir aquí; Juana, no tengo que reprocharme la muerte de tus hermanos.

Pero Juana no le escuchaba; su desmayo desapareció muy pronto, ante la dolorosa inquietud que le desgarraba el alma. Se levantó con

un movimiento brusco y febril, y el capitán, que comprendió su intención, se aproximó á la tercera tumba, y leyó con voz apenas perceptible: "María de la Merced, murió..."

—Es mi nodriza!... la esposa del pobre Guillermo! exclamó la jóven sin dejar concluir al capitán; oh!... gracias, Dios mio!... Todavía existe mi padre.

—Todavía existe, repitió tras ellos una voz débil como un eco; todavía existe, pero vá á morir.

Juana y Loudonnois se volvieron rápidamente, y apercibieron á un hombre inmóvil en una actitud melancólica, apoyado en el tronco de un corpulento álamo, que estendia su frondoso ramaje sobre las tumbas. Era Guillermo, pero mas achacoso y mas envejecido que nunca, que miraba despavorido á Loudonnois y á su jóven ama, como si estuviera en presencia de una aparición sobrenatural. Juana y el capitán corrieron hácia él.

—Los muertos salen de la tumba! exclamó el anciano con voz cavernosa; es verdaderamente á la señorita Juana á quien vuelvo á ver?

—Sí, yo soy, Guillermo, respondió la jóven, llevándose á los lábios las rugosas manos de su viejo criado; soy yo, que vuelvo á mi hogar paterno, despues de seis meses de angustiosa ausencia. Guillermo, no me has dicho que mi padre existe todavía?

—Dios ha prolongado sus dias hasta este momento, para que tenga el consuelo de abra-

zar á su hija, que cree muerta. Pero las penas han agotado sus fuerzas, y está á dos pasos de aquí, moribundo y desesperado, porque no creía que la mano de uno de sus hijos pudiera cerrarle los ojos.

—Luego es cierto? preguntó Loudonois, señalando las sepulturas de los hijos del baron.

—Las tumbas no engañan nunca, replicó el anciano con un sordo gemido; todo lo devoran, jóvenes y viejos, pobres y ricos, nobles y plebeyos...

—Oh, Dios mio! murmuró Juana, levantando los ojos al cielo; dime, Guillermo, á qué género de muerte han sucumbido mis desgraciados hermanos?

—Vuestro padre os lo dirá, contestó el anciano, preparándose á conducirlos á donde estaba el baron.

El capitan le detuvo, y le dijo:

—Guillermo, estábais aquí solo con vuestro amo?

—Solo, señor. Despues de las funestas desgracias que han convertido esta casa en cementerio, todos los criados han desaparecido, los unos despues de los otros, huyendo de la fatalidad que pesaba sobre ella. Yo me quedé con mi pobre María para cuidar á nuestro infortunado señor. María ha muerto... y yo me he quedado solo.

—Guillermo, replicó el capitan con voz alterada, aun tengo que pedirte otra explicacion. Por qué se ha obstinado el baron en permane-

cer aquí encerrado cuando ya no habia peligro, cuando tanto le hemos advertido que habia cesado el contagio?

—Si os referís á los papeles que algunas veces hallaba en el jardin, no los leíamos porque el baron me habia prohibido que los recogiera; se ha vuelto sombrío, hipocóndrico. Como no espera nada de los hombres, no quiere rozarse con ellos. Quería morir en silencio en este apartado rincon, pronunciando los nombres de sus hijos... y de su hija.

—Mi nombre? preguntó Juana con exaltacion; ha hablado algunas veces de mí, Guillermo?... se acuerdo tambien de su hija?... la sienten? la desea?... Oh! corramos! corramos!... quiero estrecharle entre mis brazos... padre mio! padre mio de mi alma!...

Y se dirigió á la casa murada. El anciano servidor la detuvo.

—Ya no está allí, le dijo: la noche de vuestra desaparicion hizo cerrar todas las puertas de aquella casa, solo porque habia entrado un pestiferado, y nadie ha penetrado en ella desde entonces. Está en aquel pabellon, impacientándose sin duda por mi tardanza. Por otra parte, añadió dirigiéndose á Juana, vos no podiais presentaros ante su vista, sin que sea prevenido; vuestra inesperada presencia le causaria la muerte.

Loudonois unió sus esfuerzos á los del anciano para que Juana moderara por algunos instantes su justa impaciencia, y esperara que

el baron estuviera preparado para recibir el consuelo que Dios le enviaba en sus últimos instantes. Así lo prometió Juana, y todos se encaminaron lentamente hácia el pabellon.

Al llegar á la puerta, la jóven se sentó en el umbral temblando de emocion, mientras que Guillermo y Loudonois penetraron en el cuarto del baron,

—Y bien, Guillermo, cuanto has tardado, les dijo cuando entraron, sin volverse siquiera para mirarlos; cual era la causa de ese espantoso ruido que he oido en el jardin? Parecia como que derribaban la puerta secreta. Dios mio! no me dejarán morir en paz.

—Señor baron...

—Quién es ese hombre? replicó el anciano, volviéndose hácia Loudonois y mirándole con espanto: qué me quiere? Qué viene á hacer en esta casa? Quién le ha llamado? Quién le ha introducido aquí?

—Señor baron, dijo lentamente Loudonois, no habeis pensado jamás que la peste puede perdonar algunas veces á sus víctimas?

El baron se estremeció y se incorporó en el lecho.

—Yo conozco esa voz, exclamó; es la del demonio, cuya presencia en esta casa ha causado la muerte de mi pobre hija.

—Si Juana hubiera muerto por mi causa, exclamó el capitan con noble ardimiento, me hubiera suicidado sobre su tumba.

—Luego vive todavía! replicó el baaon, por

cuyo lívido rostro pasó súbito un relámpago de fugitiva esperanza.

—Padre mio! padre mio! exclamó Juana abriendo la puerta repentinamente, y precipitándose en los brazos del baron.

El anciano dió un grito, y cayó exánime sobre su lecho. Todos se estremecieron; creyeron que aquella profunda é inesperada emocion habia roto en el moribundo los últimos resortes de la vida. Juana se reprochaba amargamente el no haber sabido reprimir por mas tiempo su amor filial. Pero estos temores no duraron mas que un instante; la alegría obró como el galvanismo en aquel cuerpo tan gastado por el tiempo. El baron recobró bien pronto el conocimiento y colmó á su hija de caricias y bendiciones.

—Juana! mi querida Juana, decia fijando en ella su apagada mirada; deja que te vuelva á ver! Cuan hermosa eres! Dios es quien te envia, Juana, para endulzar los últimos instantes de tu padre. Es preciso que me perdones la indiferencia con que te trataba; yo no pensaba mas que en tus hermanos. Ingratos! si supieras como me han castigado... Juana! continuó con estravío, han muerto los dos en un duelo terrible... un duelo entre dos hermanos...

La jóven dió un grito desgarrador, y estrechó mas fuertemente á su padre entre sus brazos.

—Sí, esto es horrible, replicó el anciano, cuyo delirio aumentaba á medida que recordaba sus desgracias; pero Dios ha querido castigar-

me. Yo estaba demasiado orgulloso con mis hijos; habia puesto en ellos todo mi orgullo, toda mi afeccion, y habia olvidado que tenia una hija; cien he merecido mi castigo. Sí, un duelo... allá en el fondo del jardin... Me avisaron... demasiado tarde. Enrique yacia por tierra muerto de una estocada... Gaston, todo ensangrentado, murió tres dias despues...

— Padre mio, exclamó Juana, nosotros rezaremos por ellos.

— Sí; tú en la tierra; yo... yo en el cielo. Juana, mi hora se aproxima... me muero!... me muero!...

Loudonnois se arrodilló al lado de la jóven delante del lecho del moribundo...

— Y ahora, señor, le dijo con tono suplicante; me negareis todavía el perdon que ya he solicitado de vuestra piedad?

El anciano le miró sin amargura.

— Vos sois un honrado y valiente soldado, le dijo, y os perdono los disgustos que involuntariamente me habeis causado. Yo tambien he sido muy cruel con vos, y hemos llegado á la hora de las espiaciones. Loudonnois, vos me prestásteis en otro tiempo un gran servicio; amais á mi hija y ella os ama; estais ya unidos el uno al otro por los lazos del reconocimiento y de la desgracia, y deseo que os unais despues de mi muerte con los sagrados lazos del matrimonio. Juana necesita un apoyo, y puesto que el nombre de Champgaillard está destinado á perecer conmigo...

—No perecerá, señor! exclamó Loudonois, levantándose precipitadamente.

—Qué quereis decir?

—El rey conoce vuestras desgracias y el funesto temor que ha turbado la tranquilidad de vuestros últimos años. Compadecido de vuestra triste situacion, se ha dignado concederme el derecho de usar y legar á mis hijos vuestro nombre, el nombre de vuestra familia, si vos firmais este decreto por el cual me concede la mano de vuestra hija, juntamente con el título que vos habeis usado durante toda vuestra vida.

—Oh! pronto, pronto; exclamó el baron con indecible alegria; venga una pluma... Soy tan feliz en estos momentos, que tengo miedo de morir antes de firmar este venturoso decreto.

El baron cogió una pluma que le presentó Guillermo, se incorporó trabajosamente sobre su lecho, y firmó con temblorosa mano el pliego que le presentaba el capitan, y que encerraba la realizacion del sueño dorado de toda su vida.

Despues se volvió á acostar, pronunciando con voz apenas perceptible estas palabras:

—Bendito sea Dios!... Ahora... ya puedo morir tranquilo.

Y una sonrisa de satisfaccion se dibujó en sus descoloridos lábios.

Despues permaneció inmóvil durante algunos segundos.

Todos creyeron que se habia dormido, y qui-

sieron retirarse para turbar su tranquilo sueño.

Juana fué á depositar sobre la frente de su padre el beso de despedida, y de repente dió un grito horrible, desgarrador.

Aquella frente estaba fria como la nieve.

El baron habia dejado de existir. . . . .

. . . . .

Juana entró en un convento.

El capitan se fué á la guerra.

Terminado el luto, se casaron por fin, despues de tantos trabajos, de tantos sinsabores.

El rey fué el padrino de la boda, y le regaló á Loudonois el título de baron de Champgail-  
lard.

FIN.